

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SORTEO DEL
MILLON

SERVICIO SECRETO

madrugada mortal

CURTIS GARLAND



**BOLSILIBROS
BRUGUERA**

**SORTEO DEL
MILLON**

Vea en las últimas páginas
las instrucciones y bases para
participar en el sorteo de UN
PISO Y UN COCHE o, si lo pre-
fiere,

UN MILLON DE PESETAS

YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos lectores que poseen nervios de acero y no temen traspasar las fronteras de lo irreal y adentrarse en un mundo desconocido, aterrador como una pesadilla, apasionante como la más increíble de las aventuras.

CURTIS GARLAND

MADRUGADA MORTAL

Colección SERVICIO SECRETO n.º 1212

Publicación semanal

Aparece los MIÉRCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal: B. 29.132-1973

ISBN 34-02-02513-7

Impreso en España - Printed in Spain

1.^a edición: octubre, 1973

© CURTIS GARLAND - 1973

texto

© DESILO - 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA.
S. A. Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.** Mora
la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.205 — F.B.I... ¡Jaque mate!

En Colección PUNTO ROJO:

596 — Harlem Story.

(Oración infantil.)

PRÓLOGO

HE intentado rezar. Me ha sido difícil.

No me acordaba de nada. De ninguna oración. Entonces, he decidido hablar con Dios a mi modo. Sin formularios preestablecidos. Sin términos rutinarios. Como los hombres hablan a Dios cuando van a morir. Como se habla siempre que uno se desnuda de formulismos, de rutinas, de costumbres y usos ante esa gran verdad que es el fin. O el principio.

Quizá Dios me haya escuchado. No lo sé. No lo sabré hasta más adelante.

Hasta dentro de unas horas. Muy pocas horas.

No sé cuántas horas. No quiero saberlo. No me importa.

Me importa, qué diablos. Pero sigo sin querer saberlo. ¿Para qué conocer detalles así? No conduce a nada. No resuelve nada.

Sí. He intentado rezar. Como no sabía qué decir, quizá por la cantidad de años que llevo sin acordarme de hablar con Él, he recurrido a una vieja frase infantil. La que mi madre me hacía pronunciar cuando me acostaba en mi pequeña cama, bajo el crucifijo:

«Si muriera antes de despertar...»

No es mi caso, claro. No voy a morir antes de despertar. No habrá despertar. No siquiera habrá sueño. No voy a dormirme. No ha lugar.

Pero es lo único que he recordado. Lo único. Y lo he dicho. He añadido algo más, no sé el qué. Pero algo ha sido. Dios sabe que, cuando menos, habré sido sincero, aunque no se atenga a formularios. A fin de cuentas, ¿qué importan las palabras, cuando uno pone el corazón y algo más en ellas?

Ahora, solo debo esperar. Esperar lo inevitable. Lo que ha de suceder, inexorablemente. Eso, nadie puede evitarlo ya.

No sé qué hora será exactamente. No han querido decírmelo. No me han dejado reloj alguno. Pero he terminado la cena. La última cena. Y eso significa que, cuando menos, son las nueve de la noche. O algo más.

Las nueve...

Faltan pocas horas. Muy pocas. Siempre son pocas las horas que quedan de vida.

Mi vida...

Es mía. Por poco tiempo aún. Por tan poco tiempo, que es como haberla empezado ya a perder. O como haberla perdido definitivamente.

Esto ya no es vivir. Es solamente ir muriendo poco a poco. A la espera de la muerte total y definitiva.

No tardará mucho en suceder. Solo unas pocas horas más. Tan pocas...

Ya no sé qué hacer. Ni que pensar. En realidad, no tengo nada que hacer. Nada en qué pensar. Es como sentirse en un vacío total, absoluto.

Un vacío hecho de esperanzas rotas, de recuerdos diluidos, de ilusiones que ya nunca se cumplirán. De frustraciones, de incomprensión y de dolor.

Dolor.

Sobre todo, dolor... El dolor de sentirse solo, olvidado, abandonado a la propia suerte. A la más nefasta y tremenda de las suertes. A la última y definitiva.

Morir.

Morir fría, deliberadamente. Como si fuese un asesinato.

Solo que ese asesinato lo comete la sociedad. Y la sociedad tiene excusas para asesinar. Excusas ruines y torpes: ley, justicia, castigo.

Todo eso no exime a fiscales, a jueces, a verdugos. Ni a la propia máquina de la Justicia humana. No tienen derecho a matar. No se puede matar, por el simple hecho de que otro haya matado. El que mató es el delincuente. El criminal. ¿Por qué la sociedad trata de jugar a ser criminal y delincuente, ejecutando al que antes ejecutó? ¿Dónde está el verdadero ejemplo? ¿Dónde la rectitud de quien, para castigar una muerte, mata a su autor?

No sé... Creo que divago. Estoy pensando cosas que ya no me importan. Y que nunca importaron realmente a nadie. A través de la Historia, el hombre ha castigado duramente al hombre. Demasiado duramente, a veces. Pena de muerte, tortura, exorcismos... Inquisitivos métodos, que nada hablan en favor del estricto sentido de la justicia de los humanos. Hemos asesinado para hacer justicia en los asesinos. Hemos matado para castigar muertes ajenas. Hemos exterminado vidas para hacer pagar el exterminio de otras vidas.

Hermoso modo de hacer justicia. Dios mío. A veces, pienso que deberíamos sentir horror por el simple hecho de ser humanos.

Y ahora...

Ahora voy a ser asesinado yo mismo. Por la ley y la justicia. Se le llamará oficialmente «ejecución por culpabilidad probada de asesinato». Le llamen como le llamen los hipócritas de siempre, será lo mismo: matar fría y deliberadamente a un hombre. Eso sí: en nombre de Ley...

No trato de eludir mi responsabilidad. Ni mi culpa.

Soy culpable. Lo soy. He matado.

Yo... he matado a un hombre.

Soy un asesino. Está probado. Ni siquiera lo negué jamás.

No sé cómo sucedió. Todavía no he logrado saberlo. Pero maté una vez. Y eso es lo que me ha traído a este final. A este momento supremo en que la vida ya empieza a no ser nada. Y la muerte empieza a ser mucho...

No hay ningún reloj cerca. Sin embargo, a veces creo oír un extraño, fantasmal tic-tac. El tránsito del tiempo, marcado paso a paso. Mi tiempo. Mi breve tiempo hacia la eternidad.

Tal vez sean ya las diez. O quizás solo las nueve y media. ¿Qué importa eso? La cena ha sido realmente escogida. Exquisita. Pero no tengo apetito. Apenas si he probado el pescado bien dorado, la carne jugosa y rodeada de guarniciones, el pastel de manzana... Solamente he apurado el consomé de ave con jerez. Y he tornado un sorbo de buen vino fresco. Nada de champaña, nada de licor.

Y café. Eso sí. Bastante café. Quiero estar despejado esta noche. Vale la pena sentirse despejado, una noche así. Estar despierto hasta la madrugada.

Hasta el fin de esa madrugada, al filo del amanecer, frío y cruel.

Hasta el fin de todo. Hasta el filo mismo de la eternidad, acerado como una navaja de afeitar. Un filo que corta la vida. Y con ella, todo lo demás.

No sé cuántos cafés he tomado. Quizás cuatro. O cinco. ¿O tal vez fueron seis?

No importa. He pedido otro. Uno más.

El celador me lo sirve, sin replicar. Ellos nunca replican. No, aquí. Ellos siempre son solícitos, atentos, corteses. Tratan de ser humanitarios. Incluso cordiales. No sé si lo son, o lo fingen. No sé si es porque lo sienten o porque les obligan. Poco importa ya eso. Una hipocresía más, en este sucio mundo lleno de mentiras y de engaños, ¿qué puede preocupar ya a nadie?

Es lo bueno de esta celda. En las demás, el régimen penitenciario es duro, acre, implacable. Aquí, no. Aquí, el recluso dura poco tiempo. Es la antesala. La espera. El tránsito. Y el preso lo sabe. Ellos, también. Todos tratan de convivir estas tremendas horas con la mayor fraternidad posible. Aunque sea falsa, vale le pena.

Me sonríen los celadores. Tratan de ayudarme. Me ofrecen cigarrillos, libros de lectura amena, publicaciones ilustradas. Nada de prensa diaria, nada de noticias, nada que me haga recordar lo que estoy esperando.

El café es fuerte. Cargado. Sin azúcar. Amargo y caliente. Como el trago de esta espera de la nada. Afuera, dicen que la noche está nublada y húmeda. Que amenaza lluvia, incluso. Me han permitido poner la radio. Pero nada de boletines de noticias. Tienen un control remoto, que altera la sintonía en cuanto hacen un alto en la música. Solo escucho música.

Dijo el servicio meteorológico que mañana hay grandes posibilidades de chubascos en todo el estado de Nueva York, y en puntos aislados del litoral atlántico.

Mañana...

¿Qué me importa a mí el tiempo que haga mañana? Debieron darse cuenta, aunque demasiado tarde. Y también cambiaron de emisora, interrumpiendo el boletín meteorológico. No sé por qué tuvieron que hacerlo. Es una tontería. No me preocupa el tiempo que pueda hacer cuando yo sea solamente un cadáver, rumbo a la Morgue, primero. Y después, hacia una sepultura cualquiera, en un cementerio cualquiera. El mundo seguirá su marcha. Seguirá habiendo días nublados. Y lluvias. Y nieve. Y días de sol y de calor, cuando llegue el verano. Todo seguirá siendo igual, a fin de cuentas. Nadie altera ese ritmo de la vida. Solo desaparece un hombre. Uno más.

Los restantes siguen su marcha adelante. Nadie se preocupa del que falta. Nadie recuerda demasiado tiempo al que se fue. Y a mí, menos que a nadie.

A mí, nadie puede recordarme. Nadie en absoluto. Cuando menos, no durante demasiado tiempo. Eso, si alguien se preocupa de recordar que en este asqueroso mundo existió un tipo llamado Barry Lang.

Dudo de que ese alguien exista. Lo dudo mucho, sinceramente. Y si me recuerdan, será para hablar mal de mí. Y lamentarse hipócritamente, diciendo algo parecido a eso que se dice siempre en estos casos:

—Pobre Barry... Era buen chico, después de todo. Esperemos que Dios le haya perdonado todo el mal que hizo.

Sí. Dirán algo así, malditos sean todos. Conozco su hipocresía. Y su falta de sinceridad para sí mismos y para los demás.

Dirán eso, beberán un trago... y me olvidarán en el acto. Incluso satisfechos, quizá, de haberme perdido de vista para siempre.

Eso es lo que sucederá después. No me preocupa demasiado. Lo que cuenta es esto que va a suceder ahora. Justamente ahora.

Cuando llegue el capellán, con el alcaide de la prisión y los celadores de servicio. Cuando abran esa verja, se encaren a mí me digan:

—Es la hora, muchacho.

Entonces será la hora. La marcha por el pasillo frío, recto, desnudo y de luz cruda. La hora de cruzar la puerta de metal, al fondo del corredor.

Y, más allá, el artefacto. La creación del ingenio morbosos del hombre para justificar sus legalismos sobre la vida y la muerte. Como antes la guillotina, como en otros Estados la cámara de gas, como en Inglaterra la horca.

Aquí, en Sing-Sing, el viejo y sólido presidio de la ciudad de Ossining, en el estado de Nueva York, es esa horrible silla cuadrangular, pesada, fea y rígida.

La silla eléctrica.

Todo terminará entonces. Cuando los electrodos se apliquen a mis sienes, brazos y tobillos. Cuando se dé la orden de cumplir la sentencia. Cuando un oculto verdugo conecte la alta tensión.

Aquí habrá terminado Barry Lang.

El asesino Barry Lang, confeso y convicto de la muerte de un hombre.

Dios mío, ¿cómo pudo suceder todo eso? Aún no he logrado entenderlo. Aún no he podido ver claro, a pesar del tiempo transcurrido...

Yo... asesino.

Yo maté a un hombre. Fría, tranquila, deliberadamente.

Eso, no puedo negarlo. Soy un asesino. Conforme a la letra de la justicia, debo ser ejecutado. No estoy de acuerdo con esa forma de justicia, pero, aceptando sus reglamentaciones, hay que admitir que soy culpable.

Y debo morir.

Precisamente hoy. Esta madrugada, al filo del nuevo día. Cuando empiece a clarear allá afuera, mis instantes de vida se extinguirán con un trallazo de alta tensión, sentado absurdamente en una ridícula, horrible y odiosa silla, contemplado por una serie de periodistas, médicos y policías, como espectadores de un perfecto show montado en su homenaje.

Después, todo habrá terminado. Estaré muerto. Achicharrado en ese condenado testaferro de cuatro patas y rígido respaldo. Lo demás, poco importará. Para mí, en realidad, no importará nada.

Pero ahora, cuando es tiempo, cuando el invisible reloj de mi existencia mueve sus agujas hacia la tremenda «hora cero», me pregunto:

¿Cómo pudo suceder todo esto? ¿Cómo fue, Dios mío? ¿Cómo empezó todo... para terminar así?

Sí...

¿Cómo empezó todo?

¿Cómo? Y, sobre todo... ¿cuándo?

¿Quizá aquel día, al parecer tan tremendamente lejano, tan remoto ya en mi recuerdo, aquel día en que una mujer hermosa, la más hermosa que he conocido, entró en mi vida?

Sí, quizá...

Quizá fue entonces. Pero en aquel momento, yo no podía saberlo. Ni intuirlo en modo alguno. Nadie, en mi lugar, lo hubiese podido intuir.

Sin embargo, tuvo que ser entonces cuando empezó todo.

Es fácil recordarlo ahora...

Primera Parte

HOMICIDIO

CAPÍTULO PRIMERO

SONÓ el llamador de la puerta dos veces.

Dos veces zumbó el suave llamador, recién instalado. Yo me limite a indicar con voz grave:

—Adelante, por favor. Está abierto.

Así de sencillo fue todo. Debí haber pensado que también la Muerte, según el viejo proverbio chino, acostumbra llamar dos veces. Pero la idea ni siquiera me pasó por la mente. Quizá porque nunca fui aficionado a los proverbios chinos. Ni tuve miedo jamás a la muerte, en parte porque a los treinta años no se acostumbra tener miedo a nada. O a muy pocas cosas.

Lo cierto es que invité a entrar a mi visitante, esperando que fuese un cliente. Un raro espécimen de la clase humana, llamado «cliente de Barry Lang».

Y aquella persona entró en mi oficina de la calle Catorce.

Nunca debió haber entrado. Pero entró. Y lo cierto es que llenó de encanto, de luz y de atractivo lo que solo un momento antes era un lugar lóbrego, desaseado y sin el más leve aliciente para nadie, ni tan siquiera para mí.

Ella era capaz de eso. Y de mucho más.

Porque ella era hermosa. Muy hermosa. La más hermosa mujer que podía haber entrado en mi miserable despacho de detective privado en decadencia.

Pensé que la conocía de algo, e inmediatamente me dije que eso no era posible. Una mujer con aquella cabellera rubia, con aquellos ojos verdes, deslumbrantes, aquellas gafas de montura dorada de

fantasía, con incrustaciones y forma de alas de mariposa; con aquellas piernas magníficas, aquellos senos enhiestos y exuberantes, que luchaban por saltar de su encierro, rebosando el amplio descote, nunca se me hubiera podido despintar. Era, justamente, la clase de chica que me gustaba. O, por lo menos, una de mis clases predilectas.

—Bueno... —dije apaciblemente—. Usted dirá, señorita...

—Señora —me replicó ella suavemente—. Señora Barrow...

Lástima. No me ha gustado nunca engañar a esposos que tienen la suerte de disfrutar de semejante clase de mujer. Suponiendo que ellas quieran engañarles...

Seguía pareciéndome que había en ella algo familiar para mí. El sonido suave y profundo de su voz, me resultó también conocido en algo. Pero no supe en qué ni por qué. Quizá alguna joven y sexy vampiresa del cine pudiera recordar a la estupenda señora Barrow.

—Bien, señora Barrow. Estoy esperando que me diga a qué ha venido a mi humilde oficina...

—Y tan humilde —ella rio entre dientes, de un modo que me resultó casi insultante, al tiempo que miraba en torno mío, analizando cada factor negativo, y eran muchos, presentes en mi despacho de *private eye*.

—Diablo, esto no es un palacio —acepté irritado—. Pero tampoco una pocilga.

—Debe admitir que se le parece mucho. A una pocilga, claro.

—¿Ha venido solamente a decirme eso? —repliqué.

—No —negó suavemente ella. Se cruzó de piernas. ¡Cielos, qué piernas! Sus muslos envueltos en suave nylon color tostado, eran una delicia. Como toda ella—. He venido a invitarle a una fiesta, Lang.

—¿Una fiesta? —enarqué las cejas. Tuve una repentina sospecha—. Eh, no será usted la nueva clase de damas de caridad que reclutan ahora los predicadores del bien fraterno y todo eso...

—No, creo que no —rio, palmeando su muslo con ironía—. No me aceptarían en esa clase de organizaciones, ¿no cree usted?

—Sí, siempre tuvieron mal gusto —reí a mi vez—. Mujeres altas, delgadas como un bacalao, vestidas de oscuro, con largas faldas y cuello cerrado...

—Dejémonos de tonterías —suspiró la señora Barrow. Se inclinó hacia mí, tocando con su torso el borde de la mesa. Ello hizo que su busto realizase más aún su arrogancia agresiva. Tuve que respirar con fuerza, mientras su voz continuaba, serena—: Le dije la verdad. He venido a invitarle a una fiesta, pero no de caridad precisamente.

—¿Cree que puedo perder mi tiempo aceptando invitaciones? Son mis horas de trabajo, señora, y...

—Poco trabajo veo que tiene —observó ella, seca.

—Eso no es cuenta suya —moví unos papeles, por hacer algo—. Mi trabajo es de diversas clases. Examen de expedientes, control de fichas personales de los casos en tratamiento...

—¿No le quita el polvo a esos documentos? —me sugirió, muy risueña, la dama rubia y estupenda, haciendo un mohín que puso sus rojos labios carnosos en forma de puchero, para soplar levemente, alzando una nube grisácea de mis documentos.

—Oh, está bien —di un palmetazo, y elevé otro nubarrón de polvo, que incluso me hizo toser. La miré, furioso, procurando no bajar la trayectoria de mi visual hasta sus rotundos, macizos senos apoyados en mi mesa—. Acabemos. No tengo trabajo ninguno en mis manos. No hay un cliente siquiera que espere mis servicios ahora. Pero de eso a dedicarme a ir a fiestas...

—Mi invitación es muy especial —sonrió ella. Abrió su bolso, y de él extrajo una tarjeta de cartón ocre, con ribetes dorados, que puso sobre mi mesa—. Esta es la entrada a la fiesta. Pero con ella, hay algo más: exactamente esto.

Lo puso junto a la invitación. Era un fajo de billetes nuevos, de veinte dólares cada uno. Calculé que habría un total de cien. Una buena suma: dos mil dólares.

—Y eso... ¿qué significa? —indague, curioso.

—Significan dos mil dólares, exactamente.

—Lo había imaginado. Aparte de eso... ¿qué significado tienen los dos mil?

—Son suyos, Lang.

—¿Míos? —dudé.

—Si acepta esta invitación y acude a la fiesta, sí. Suyos, Lang.

—Se supone que tendré que hacer algo más que ir a una recepción para ganarme dos mil dólares tan fácilmente —señalé,

aún lleno de dudas y reservas respecto al apetitoso fajo de billetes de veinte.

—No. Nada más —me señaló al pecho, y supe enseguida por qué—. Claro que tendrá que adquirir con ese dinero una camisa limpia, un traje oscuro o un smoking... y calzado, supongo. En fin, debe dar apariencia de hombre bien situado, cuando entre en esa fiesta. Es todo lo que le exijo.

—Pues no lo entiendo —me froté el mentón, reflexivo.

—No hace falta aún que lo entienda. Solo le pido su respuesta. Su palabra de que va a cumplir lo que le pido. Soy su cliente. Es decir, lo seré, si acepta. ¿Qué me dice a eso?

—Por dos mil dólares, casi me decidiría a vender mi alma al diablo, en estos momentos —reí, sacudiendo la cabeza—. Debo cincuenta dólares a mi patrona, cuarenta y dos al bar y sesenta y siete al restaurante donde como. Hoy no han querido adelantarme más almuerzos, y he tenido que adquirir un sándwich de hamburguesa y una cerveza, apurando mis últimas monedas. Esto es todo lo que me queda. Y un dólar veinte en una cuenta corriente bancaria, que no quiero anular...

—No tiene que venderme su alma —me guiñó un ojo risueñamente—. Solo diga lo que yo pido: deme su palabra de que va a cumplir lo encargado, al pie de la letra.

—Palabra —asentí, rápido, por si se arrepentía. Puse mi mano en el fajo de billetes y en la tarjeta de invitación—. Acepto.

—Por tanto, paso a ser su cliente —sonrió ella, mostrándome una dentadura nítida, entre sus carnosos labios sensuales.

—Pues sí —asentí—. Lo es, desde este momento, señora Barrow. Aunque todavía no sé lo que debo hacer exactamente en favor suyo... es usted mi cliente, desde ahora.

Y me embolsé los providenciales miles de dólares, junto con la tarjeta, que ni siquiera me molesté en leer.

—Debe limitarse a ir allá, Lang. Bien vestido, y dando apariencia de vivir en excelente posición económica. Es todo lo que le pido.

—Eso no tiene mucho sentido, ¿verdad? —señalé, irónico.

—Aparentemente, no —me miraba muy fija—. Pero el cliente manda, ¿no es cierto?

—Cierto. Imagino que algo deberé hacer en esa fiesta a la que usted me invita tan generosamente...

—Solo asistir a ella. Nada más, Lang.

—Me parece poco... para recibir dos mil dólares a cambio.

—Lo importante es que acuda. Yo estaré allí también. Espero verle, sin falta.

—Me verá. Solo tengo una palabra, señora Barrow.

—Así lo espero —me miraba extraña, enigmáticamente—. Siempre fuiste así, Barry.

—¿De veras? —la estudié, sorprendido. Su repentina familiaridad me chocó realmente—. ¿Cómo puede saberlo?

—Oh, Barry, ¿es que no has llegado a conocerme en todo este tiempo?

—La verdad, pues... no —sacudí la cabeza—. Pero al principio vi algo familiar en usted, señora Barrow...

—Deberías llamarme por mi nombre, Barry. Siempre te gustó llamarme... Peggy.

—¿Peggy? —repetí, ceñudo—. Peggy... No entiendo. Algo me danza en la memoria, pero...

—Oh, ¿es que no me has reconocido? —suspiró, depositando sus gafas de alas de mariposa sobre la mesa. Luego, se echó atrás el cabello rubio platinado. Y aún fue más lejos: ante mi asombro, se tocó las pupilas, despegando de ellas dos verdes lentillas de contacto. Tenía los ojos azules. Y todo aquello sí me dijo algo. Repentinamente, tratando de olvidarme de sus senos, de sus piernas, de su cuerpo todo, turbador y voluptuoso, recordé a una Peggy lejana...

—Peggy... —musité—. Peggy Larson... «Ojos Azules» Larson...

—La misma, Barry —asintió, risueña—. Tu compañera de estudios. La fea y desangelada Peggy, a quien nadie sino tú prestaba atención...

—Pero no es posible... —me incorporé—. También te llamaban «La Fea Peggy»... ¡Y si tú eres fea, encanto...!

—Soy Peggy Larson. La misma feúcha pecosa que tú conociste en nuestro inolvidable y querido Alma Mater...

—Pero... ¡pero todo eso! —señalé, con un gesto expresivo su cuerpo turgente y armonioso, puramente sensual.

—Crecí —rio entre dientes, divertida—. Eso es todo. Y crecí bastante bien, por cierto. Además, teñí mi pelo castaño, perdí las feas pecas... y a veces uso lentillas. Cosas de la moda.

—¿La... moda? —sacudí la cabeza—. Ya... Peggy Larson. Cielos, ¿cómo pudiste encontrarme?

—Buscándote. No has mirado esa tarjeta, pero es la invitación para todos los que formamos aquella promoción, ¿recuerdas? El curso, la Universidad, el título... y todo lo demás.

—Sí. Y todo lo demás —me senté de nuevo, melancólico—. Dios mío... Tantos sueños entonces... y esta es la oscura y triste realidad, Peggy. Ya ves lo que ha sido del ambicioso abogado Barry Lang...

—Sí, ya lo veo —suspiró ella apagadamente. Miró las paredes—. ¿Y tu título?

—No sé. Por ahí. En algún rincón. Para lo que sirve...

—No hables así, Barry... Eres abogado. Debiste ejercer, en vez de dedicarte a algo tan oscuro y tan... tan estúpido como esto de ahora: ¡detective privado! No te entiendo, la verdad.

—Lo entenderás cuando te diga que... que perdí el derecho a ejercer.

—¿Qué?

—Oh, no preguntes. Un lío. Un enredo en el que me cogieron desprevenido. Y el Colegio de Abogados juzgó oportuno borrar me de su lista. No he respondido a las esperanzas de los profesores, Peggy. Ni a las vuestras. Ni tan siquiera a las mías.

—No lo sabía, Barry. No sabía nada de eso. De veras lo siento...

—¿Por qué? —me encogí de hombros—. Yo, no. Es algo que ha sucedido. Y quedó atrás. No hay otro remedio que aceptarlo así. Ahora soy detective. Eso es todo.

—De cualquier manera, Barry, debes ir a esa fiesta. Y todos deben verte allí. Deben ver al mismo Barry Lang que conocieron entonces, durante aquel curso inolvidable en la Universidad. Nadie deberá notar nada en ti. Nada que signifique... fracaso.

—He fracasado en algunas cosas, no en todo.

—No digo que hayas fracasado, sino que ellos no deben advertir el menor síntoma de frustración profesional, de... de falta de dinero.

—¿Lo estás haciendo por eso, Peggy Larson, señora Barrow? —indagué, áspero—. ¿Es que pretendes, después de todo, ser esa dama de caridad que antes sospeche?

—No, no pretendo hacer caridad contigo. No me parece que la necesites, por muchas que sean tus deudas y tus problemas. Eres un hombre, a fin de cuentas.

—Sí, y tú, una mujer —la examiné de nuevo—. Una mujer preciosa. Supongo que el señor Barrow tiene dinero...

—Tenía —sonrió ella dulcemente.

—Cielos... —enarqué las cejas—. ¿Viuda?

—Divorciada solamente —se acarició modosamente las rodillas—. Él tuvo la culpa. Y la compensación fue buena. Dispongo de medios. Y quiero que vayas a esa fiesta.

—¿Por qué, Peggy?

—Porque soy tu cliente. Y ese es mi deseo.

—No disfraces las cosas. Fuimos buenos camaradas, pero eso fue todo. No tienes por qué sentirte caritativa. Por muy cliente mío que seas ahora, no iré a esa recepción si no me das otro motivo concreto y razonable que explique mi presencia allí. ¿Acaso vas a llevar joyas valiosas, y temes que te las robe alguien?

—Detesto las joyas. No tengo apenas ninguna.

—¿Temes a alguien, acaso un enemigo personal?

—No creo tener ninguno, la verdad —sonrió ella apaciblemente.

—Entonces... no lo entiendo. Y en esas condiciones, tendré que volverme atrás y considerar que no debo aceptar tu oferta.

—Barry, eso no es justo...

—Lo es. Exijo una explicación clara, Peggy —y me quedé mirándola fríamente.

—Bien. La tendrás, entonces. Hice una apuesta.

—¿Una... apuesta?

—Muy elevada. Bastante más de dos mil dólares, ciertamente.

—¿Con quién?

—Con Shelby Ransom.

—Shelby Ransom... —evoqué, pensativo—. Cielos, cuántos recuerdos...

—Y desagradables, sin duda. Shelby Ransom era una rata, entonces. Ahora lo es todavía más. Un cerdo, diría yo. Pero cargado

de dinero y de presunción. Como siempre. Él asegura que todos triunfamos en la vida... menos Barry Lang. Y que Barry Lang nunca acudiría a la reunión de los condiscípulos del Alma Matar, a los cinco años de diplomarnos, tal y como habíamos convenido entonces.

—¿Por qué tuvo que decir eso?

—No sé. No lo supe entonces —ella se apoyó un dedo pintado, deliciosamente ingenua, en sus labios gordezuelos—. Imagino que sabía lo de... lo de tu expulsión del Colegio de Alagados. Y calculó fácilmente el resto...

—Ya —respiré fuerte—. ¿Por qué hiciste esa apuesta, Peggy? No sabías nada de mí. No tenías por qué apostar... ni por que confiar en mí en absoluto. Come ves, no merezco realmente la pena...

—No digas eso —se incorporó, impulsivamente, y puso su mano sobre las mías. Me sonrió como siempre sonreía en la Universidad. Pero con sus actuales encantos, todo parecía diferente—. Creo que sí vales la pena. Fuiste un buen amigo. Un gran compañero. El mejor que tuve. La verdad es que estuve enamorada de ti todo aquel tiempo.

—Peggy...

—Sí, pero no debe sentirse halagada tu presunción masculina —se quedó en pie, apartando su mano de las mías—. Ya no siento lo mismo. Creo que no te amo a ti ni a nadie. Tú, entonces, preferías a la bonita pelirroja que era Blanche Terrell.

—Blanche... —sonreí, sacudiendo la cabeza—. La de las bonitas piernas y los ojos de ámbar... Bueno, entonces no tenías tú esas pantorrillas, la verdad. O yo no las vi...

—Seguro que no te fijaste. Pero eso pasó también. Blanche está casada ahora. Con un millonario. Un magnate de la industria y de las finanzas: Gary Kovacs

Lancé un silbido. Gary Kovacs era alguien. Alguien con muchos millones. La pelirroja Blanche había sabido lo que hacía. No me sentí dolido por ello. El romance con Blanche Terrell quedó atrás mucho antes. Y no dejó huella.

—De modo que solo porque fui un buen camarada de curso... hiciste esa apuesta.

—Sí, Barry. Ahora, ya conoces la historia. Tienes que ir. Soy tu

cliente, recuerda. Y existe un motivo para ello. Aposté diez mil dólares a que Barry Lang era el mismo Barry Lang de siempre. Y que estaría allí, con todos. ¿Qué piensas hacer?

—Ir, naturalmente —fue mi respuesta.

Y esta vez, era decisiva.

CAPÍTULO II

La casa de Gary Kovacs era un pequeño palacio. No le faltaba detalle: jardines, amplia piscina, pabellones, senderos de grava, piedrecillas, faroles...

Había sido el lugar elegido para la fiesta. No se podía negar que estuvo bien escogido. Todo a tono. Lujo, gente acomodada, personas con título universitario, fantoches brillantemente sociales, con buenos smokings o con traje oscuro de inmejorable corte, confeccionado por sastres de la Quinta Avenida. Era la pequeña fauna que me esperaba.

No les hice mucho caso. Hubo, eso sí, palmetazos, apretones de mano, fuertes abrazos y felicitaciones, chistes sin gracia que uno debe reír, y todo eso inevitable que se encuentra después de varios años de separación entre compañeros de Universidad.

A todos les correspondí amigablemente. Algunos parecieron sorprendidos de mi buen aspecto, de mi cara camisa, mi corbata de seda, mi traje impecable, mi calzado brillante, mi desenvoltura. Sin duda, esperaban algo muy distinto.

Shelby Ransom no estaba entre los presentes. Era evidente que aún tardaría en llegar. Era siempre de los últimos en hacerlo. Le gustaba hacerse notar.

En cambio, sí pude encontrarme inmediatamente con Blanche Terrell. Con la actual señora Kovacs. Mi antigua novia de la Universidad...

Se quedó mirándome al tenderle la mano. También ella parecía sorprendida por algo.

—Hola, Barry —me dijo.

—Hola —le respondí apaciblemente. Nos contemplamos mutuamente—. Sigues siendo una muchacha maravillosamente atractiva, Blanche.

—Y tú, el más atlético y guapo de todo el curso —rio ella con aire risueño. Vestía un modelo que debía valer mucho dinero. Sus joyas, aunque delicadas y sin estridencias, eran de las más valiosas. Platino, diamantes y esmeraldas, brillaban en sus orejas, en torno a su cuello y en su muñeca. Añadió, tras una pausa—: No te esperaba aquí.

—¿Por qué no? Recibí la invitación, como los demás. No hubiera sido correcto faltar.

—Sabía tan poco de ti... Pregunté a algunos otros camaradas de curso. No sabían nada, ninguno de ellos. Solamente Shelby dijo haber oído algo...

—¿Qué oyó Shelby? —entorné los ojos, esperando cualquier cosa desagradable.

—Ya sabes cómo es él —se encogió de hombros—. Disfruta con los males ajenos. Dijo que tu nombre no figuraba ya en el Colegio de Abogados, y cosas así. Que sin duda te iban mal las cosas.

—Ya ves que se equivocó —suspiré—. Me van como a cualquier otra persona. Hay momentos buenos y momentos malos, como los habrá habido en tu propia existencia, Blanche.

—Es cierto —asintió ella—. No le hice caso, pero temí por ti. Sabes que siempre te he recordado con cariño.

—Pero te casaste con otro —reí.

—Oh, bobo. Tú nunca me lo pediste...

Reímos los dos de buena gana. Me tomó del brazo y me llevó al interior de la casa, al corazón mismo de la tiesta. Me encontré con muchas caras amigas. Resulta curioso comprobar a veces, cómo la gente puede engordar y perder el cabello en tan solo cinco años. Muchos compañeros de curso parecían ahora quince años más viejos que yo. Y, cosa rara: todos ellos habían triunfado económicamente en la vida. Tal vez el aburguesamiento hiciera cosas así. Tal vez.

Repentinamente, las luces se apagaron, y un alarido escalofriante retumbó en toda la casa. Hubo estrépito de vidrios

rotos, y luego una risa extraña, demoníaca, surgiendo de alguna parte, en la oscuridad.

Las mujeres presentes emitieron gritos de pánico. Sentí muy cerca de mí a Blanche, tan cerca, que sus firmes senos oprimieron mi torso, y su mano aferró la mía.

El terrible alarido de antes, se repitió de nuevo, en alguna parte.

—Cielos —mascullé, lamentando no haber llevado conmigo mi automática, para la que tenía la correspondiente licencia—. ¿Qué es lo que ocurre?

Tan súbitamente como se fuera, regresó la luz.

Y con ella, nuevos gritos de mujeres asustadas acogieron la presencia del conde Drácula en la amplia escalera de la mansión.

Con su capa larga, negra y sedosa, de rojo forro, con su cabello lacio, sus colmillos destilando roja sangre por las comisuras de los labios, lívido el rostro, era una espantosa aparición. Tan espantosa como ridícula, pensé.

Al saltar sobre una de las damas situada al pie de la escalera, su capa flotó igual que las alas de un vampiro. La mujer chilló con todas sus fuerzas, y cayó desvanecida.

Drácula se detuvo entonces, como aturdido. Pensé que faltaba mucho para el nuevo día, y los rayos de sol no podían herir al vampiro. Tampoco vi cruz alguna, ni siquiera en los generosos descotes de las claras presentes, que pudiera causar tal efecto al vampiro.

—Oh, yo... lo siento mucho —dijo «Drácula», sin ningún aspecto aterrador.

Y se inclinó sobre la dama desvanecida, al parecer con el sano propósito de chupar sus glóbulos rojos. Pero todo lo que hizo, ante el asustado acompañante de la mujer, fue quitarse máscara y peluca, quedándose con la espectacular capa roja y negra. Debajo, un cabello conveniente ondulado, canoso, y un rostro ancho y sanable, con el color bronceado de quien toma mucho sol o muchas radiaciones ultravioleta, apareció debajo, expresando consternación.

La asustada Blanche me soltó el brazo inmediatamente, dirigiéndose hacia él como una flecha.

—Oh, Gary —le reprochó—. Creo que esta vez te pasaste de la

raya, querido...

—Bueno, nunca creí que fuese tan convincente —expresóse él con cierto desasosiego. Estaba incorporando a medias a la desvanecida invitada, y alguien trajo un frasco de sales para colaborar.

—Eres un bromista incorregible —le reprochó alguien—. Pero lo de esta noche pareció tan verídico, que nos asustaste incluso a nosotros.

—Me gustaría saber cómo fue eso de los gritos, las risas y los vidrios —refunfuñó, de mal humor, su esposa Blanche.

—Oh, una simple grabación —se lamentó Gary Kovacs, el magnate de los negocios. Sacudió la cabeza. Bajo su delgado bigote canoso, los firmes, duros labios, reflejaban ahora una mueca entristecida—. Creí que esto iba a divertirles a todos, amigos...

—Veremos lo que opina Susan, cuando vuelva en si —le replicó su esposa.

Kovacs alzó la cabeza, mirando a todos. Yo me había acercado al grupo, y a mí se dirigió, al incorporarse, dejando que Blanche cuidara a la inconsciente Susan:

—Amigo mío, uno quiere, a veces, romper la monotonía de una fiesta aburrida... y no hace otra cosa que meter la pata... —se quejó.

—Debo admitir que la cosa tuvo gracia —sonreí—. Pero no todo el mundo tiene sentido del humor.

—Vaya, al menos encuentro a alguien que me comprende —se animó ligeramente Kovacs, mirándome con gratitud—. Eh, por cierto, que no nos conocemos, ¿no es cierto? Mi memoria no es muy buena en lo que respecta a las caras, pero juraría que no le he visto antes.

—Cierto —asentí—. Soy un viejo amigo de Blanche y de otros asistentes a su fiesta. Un compañero de curso: Barry Lang.

—Oh, entiendo. Blanche me habló de usted —me miró con expresión muy seria, añadiendo—: Usted era mi rival. Pudo haberme quitado a Blanche.

—Pero no se la quité —dije—. Aquello fue solamente un idilio estudiantil. De esas cosas solamente queda la buena amistad y los recuerdos de juventud.

—Lo sé —se echó a reír de pronto, tendiéndome su mano—. Bromeaba una vez más. No es usted mi rival, ni lo he considerado así jamás, Lang. En realidad, debo decirle que es un placer conocerle, muchacho.

—Gracias... si es que habla en serio —comenté, irónico, estrechando su diestra.

—Palabra. A veces, me olvido de mi afición a las bromas pesadas, créame. Aunque en mis negocios, naturalmente, acostumbro a ser algo más serio también. De otro modo, no me hubiese ido demasiado bien en ellos. Venga, tomaremos una copa. Parece que Susan ya se recupera... y no quiero estar cerca de ella, cuando abra los ojos.

Me llevó consigo al largo bar, instalado en el salón vecino. Rechacé los canapés, pero acepté el champaña. Observé que era importación francesa. Cada botella valía un buen puñado de dólares. Nosotros, los viejos alumnos del Alma Mater, nunca hubiéramos podido financiar algo así. Kovacs no fue nuestro condiscípulo, pero, ciertamente, financiaba aquella fiesta. Eso, saltaba a la vista.

Bebimos champaña. Seco y frío. Era delicioso. Me estaba contemplando, cuando dejé mi copa en la mesa.

—Blanche temía que la vida no hubiese sido amable con usted —comentó, al fin.

—Lo sé. Me ha hablado de ello.

—Alguien le dijo algo que se lo hizo pensar. Pero veo que, por fortuna, era un error.

—Sí, es un error —asentí, sonriendo—. Creo que me defiendo bastante bien, contra lo que haya podido decir alguien de mala fe.

—¿De veras, mi querido amigo?

La fría, malévola pregunta, llegaba a espaldas mías. Y antes de que Kovacs y yo nos volviéramos hacia el recién llegado, ya sabía yo de quién se trataba.

—Hola, Shelby —saludé—. En estos casos, siempre se dice que es un placer ver de nuevo a un antiguo condiscípulo.

—¿Lo dices tú, Barry? —me preguntó, sutil.

—Supongámoslo —hice una leve inclinación de cabeza ante aquel hombre alto, de cabello rubio, de sonrisa fría y maliciosa, de

ojos grises y agudos, que centelleaban con sarcástica expresión. Vestía bien, y mostraba su habitual indolencia.

—Me alegra verte aquí —suspiró Shelby Ransom—. Especialmente, por las malas lenguas que me hablaron de ti, mi querido amigo.

—¿Y qué te dijeron esas malas lenguas, Shelby?

—Oh, cosas horribles —se encogió volublemente de hombros, y tomó una copa de champaña—. Que estabas hundido, que no tenías título de abogado, que la policía tenía asuntos contigo, y no precisamente amistosos, que tu estado financiero era desastroso, cargado de deudas y sin un dólar para vestir decentemente... Ya sabes cómo es la gente.

—Sí, yo sé cómo es mucha gente —le miré fríamente—. Y sé cómo eres tú, Shelby.

—No pensarás que yo diese crédito a semejantes historia —protestó—. Veo que mintieron, cuando menos en ciertas cosas, que saltan a la vista: tu modo de vestir es impecable. Y tienes aspecto de llevar dinero en el bolsillo. ¿Me equivoco?

—No te equivocas —le repliqué, glacial.

—Tu bufete debe darte para vivir muy bien —sonrió, amable—. ¿Dónde lo tienes instalado?

—No ejerzo de abogado —replique con sequedad—. Poseo una agencia en el centro de Manhattan. Asuntos legales y cosas así. Es un buen negocio.

—No lo dudo —vació su copa y la contempló al trasluz—. Cualquiera día iré a verte. No te olvides de darme tu tarjeta, amigo mío.

—No lo olvidaré —repliqué, incisivo.

En ese momento vi a Peggy. Había aparecido en la puerta vidriera, y me contemplaba, a espaldas de Ransom, con evidente complacencia. Mi aspecto era de su agrado, sin duda alguna.

—Perdonen —dije—. Una buena amiga me espera...

Y me aparté de ambos hombres, dirigiéndome directamente hacia donde estaba la divorciada señora Barrow. Shelby Ransom, al pasar junto a él, me lanzó una suave andanada, que fingí no oír:

—Te deseo feliz noche... abogado.

Le hubiera estrangulado de buena gana. Pero el crimen estaba

castigado aún con la pena capital, cuando menos en el Estado de Nueva York. Y siempre pensé que un tipo como Shelby Ransom no valía la pena. Tenía demasiado veneno dentro, y era mejor esperar a que se envenenara por sí solo, cualquier día.

Poco después, estrechaba las manos de Peggy. Estaba hermosa y deslumbradora. No llevaba sus lentillas verdes, ni le hacían falta. Pero sí lucía otro de sus modelos de gafas de fantasía, a los que tan dada parecía ser actualmente.

—Eso está muy bien, Barry —aprobó en voz baja—. Eres todo un caballero de la mejor sociedad neoyorquina.

—No me lo recuerdes —me quejé—. Nunca pensé que costara tanto dinero vestir bien...

—Espero que un el futuro llegues a saberlo —suspiró ella—. Me gustaría que todo te fuese bien.

—Sí, también a mí —sacudí la cabeza—. Pero esto es como la noche de Cenicienta en palacio. Cuando suene la hora, regresaré a los andrajos. No sé si es jugar limpio hacer este papel. Shelby lo sabe. Creo que incluso podría desenmascaramme ante todos. Y tal vez lo haga durante la fiesta. Pero lo hará a su modo. Lenta, premeditadamente. Con toda la maldad posible.

—No creo que se atreva a tanto, Barry.

—Es capaz de todo —caminé a su lado, en dirección a los bien iluminados jardines—. No sé, Peggy. Tal vez; nunca debí venir aquí. De no ser por tu tonta apuesta...

—Apuesta que he ganado, pese a todo —rio ella, entre dientes—. Lo que importaba era tu presencia, tu buen aspecto...

—Pero él sabrá o sospechará que tú has tenido parte en esto...

—No puede probarlo. Tú puedes demostrar, incluso, que te dedicas a detective privado, y no será ninguna deshonra. Es una profesión como otra cualquiera. Tus problemas como abogado, quedan atrás, y a nadie importan. Shelby aceptó la apuesta, y debe pagarla, ya que la ha perdido. Eso es lo que realmente cuenta.

—Para él contará, y mucho —miré de soslayo hacia Kovacs y Ransom. Este nos contemplaba, malévolo, con sus ojos entornados, calculando algo perverso para vengarse de la astuta jugarreta de Peggy Larson—. No aceptará que esta sea la primera vez que nos vemos.

—No puede demostrar otra cosa. Hubo testigos de esa apuesta...

—¿Que testigos?

—E! propio Kovacs, su mujer, Blanche...

—Se mostraron enormemente delicados. Ni una sola palabra sobre todo ello —sacudí la cabeza—. Bien, ahora espero que sepa interpretar mi papel. Estoy ya tan desentrenado de todo esto...

—Sé que lo harás mejor que nadie. Este es tu mundo, Barry, no aquella pocilga que tienes como oficina. ¿Por qué no te trasladas a otro sitio mejor, y alquilas una oficina decente? Podría ayudarte, enviarte clientes...

—Ya has hecho demasiado por mí, Peggy. No es muy honroso para uno recibir ayuda de una mujer, entiéndelo.

—No quise ofenderte, Barry.

—Y no lo hiciste. Pero, sin querer, terminarías haciéndolo —sonreí, oprimiendo su mano—. Recuerda que, aunque mi piel tenga ya la dureza de la de un rinoceronte, y esté habituada a todos los golpes, a veces se vuelve demasiado sensible, quizá recordando los días de la Universidad...

—Sí, me doy cuenta —inclinó la cabeza—. Pero buscarte clientela como detective privado no sería deshonroso, ni mucho menos.

—No, eso no. Envíame a alguien, si crees que pondrá los pies en mi cuchitril.

—Sé que vales. Eres inteligente, capacitado. Solo necesitas confianza en ti mismo. Y que los demás confíen en ti.

—Nada menos —comenté, irónico—. Peggy, es como soñar imposibles.

—No es ningún imposible. Solo hace falta que lleves a cabo algún trabajo bueno, y se den cuenta de tus méritos. Por eso te dije lo de tu oficina. Conozco unos despachos muy adecuados, en el edificio Acmé, de la Calle Cuarenta. No demasiado amplios, modernos y bien amueblados y acondicionados. Su renta mensual es elevada. Pero yo podría convertirme en algo más que una simple cliente accidental tuya. Digamos que puedo ser, de momento... tu socio.

—¿Mi socio? —enarqué las cejas, perplejo.

—Eso dije. Tu socio. Yo te anticipo la cantidad precisa para

pagar la renta de los tres primeros meses. Al final de ese tiempo, me reintegras la cantidad adelantada, con sus intereses correspondientes. O partimos beneficios, a tu gusto. Eso sí es un modo correcto y legal de concederte un crédito.

—Oh, Peggy, solo tratas de ayudarme. ¿Por qué diablos una chica como tú iba a hacerse socio de... de un simple detective privado?

—¿Detective privado? ¿Es cierto, quizá, lo que me ha dicho Shelby?

Me volví, sorprendido y disgustado. El castillo de naipes se desmoronaba. Allí estaba Gary Kovacs en persona. A mi espalda. Con una copa de champaña en su mano. Mirándome perplejo, lleno de curiosidad que se me antojó malsana.

—Sí, maldita sea —refunfuñé, volviéndome decidido—. Ahora ya lo sabe, Kovacs. Soy Barry Lang, detective privado, y...

—Cielos, es lo que estaba buscando desde hace tiempo —se quejó él—. Un detective privado que no fuese un bandido o un granuja de siete suelas. ¿Por qué no me dijo antes que su agencia no era de investigaciones particulares, por el amor de Dios, Lang?

—Hubiera preferido no hacerlo nunca, Kovacs, pero ya que Shelby se lo contó todo, le diré que yo...

—Espere, Lang —me detuvo—. Supongo que se ocupará también de investigar asuntos financieros, estafas, robos y todo eso...

—Sí —pestañeeé—. Claro que investigo todo eso. Y problemas íntimos, desde adulterios hasta...

—No me interesa ese aspecto de su trabajo —me cortó, riendo—. Blanche y yo no tenemos problemas de tal género, afortunadamente. Pero estaba planeando buscar un investigador que fuese de confianza, no uno de esos desaprensivos que pueden luego aprovecharse de un cliente, si este es famoso y rico. Ha sido una gran suerte que usted viniera esta noche aquí, Lang. Necesitó con urgencia a un detective privado, y usted, además de serlo, es amigo de Blanche. Eso resulta la combinación ideal. ¿Dónde tiene su oficina, muchacho?

Antes de que pudiera responder yo, terció Peggy en la conversación:

—Edificio Acmé, octava planta —dijo, rápida. Y añadió, sonriente—. Como ves, no olvido las señas de tu tarjeta de felicitación de hace unos meses, Barry...

—Sí, ya veo —asentí, tratando de mostrarme normal—. Bien, ya sabe dónde estoy, Kovacs...

—Para mí sería difícil encontrar tiempo libre para desplazarme allá —replicó Kovacs—. Es céntrico, y por cierto uno de los mejores lugares de la ciudad, pero este próximo fin de semana lo pasaré a bordo de mi yate, con algunos invitados y... Eh, Barry. Encontré la fórmula ideal: usted vendrá al yate, invitado por mí. Será uno más de mis amigos, durante viernes, sábado y domingo.

—Kovacs, de veras lo lamento, pero mi tiempo... —traté de argumentar desesperadamente, para no verme en la necesidad de convivir tanto tiempo con gente de su mundo, prueba que podía derrumbar completamente mi ficción.

—Oh, no se hable de eso —protestó vivamente—. Entiendo que el tiempo de un investigador privado de su importancia, tenga un precio elevado. Deje a algún subordinado ocupándose de otros asuntos. El mío exige primacía absoluta. Estoy habituado a exigir total dedicación a mis asuntos. Pero el exigir tiene un precio. Y yo lo pago.

Extrajo de su smoking un talonario. Tomó su pluma de oro, y se inclinó sobre una balaustrada, escribiendo con rapidez en el talón. Firmó rápido, nervioso. Arrancó la larga hojita verde, y me la tendió, con indiferencia, al tiempo que guardaba de nuevo pluma y talonario.

—Espero que, inicialmente, eso cubra sus honorarios, gastos y dietas durante las tres fechas que va a pasar a bordo de mi yate, Barry —habló, conciso.

Miré el talón, aparentando la misma indiferencia que él. Debí dedicarme a actor alguna vez. Solo con un tremendo dominio de mis dotes de intérprete teatral, dotes que yo había desconocido hasta entonces, pude conservarme sereno ante aquella cifra que bailoteaba ante mí, escrita en el talón bancario firmado por Gary Kovacs, el magnate.

Nunca imaginé que tendría en mis manos, pagadero al portador, un talón bancario por valor de quince mil dólares.

—Sí —dije con una frialdad de la que yo mismo me admiré,

sintiendo junto a mí los senos palpitantes de Peggy, y también su aliento entrecortado. Parecía tan emocionada como yo mismo. Añadí, tras un silencio breve—: Sí, está bien así, Kovacs. Cuente conmigo para ese fin de semana a bordo...

CAPÍTULO III

Era una espléndida oficina.

Piso octavo, edificio Acme. Calle Cuarenta, junto a Broadway.

La placa, de metal bruñido, aparecía ya orgullosamente sobre la puerta:

BARRY LANG INVESTIGADOR PRIVADO

Contemplé todo aquello, admirado. Me pregunté si Aladino pudo sentirse tan feliz con su maravillosa lámpara y su generoso genio. De la noche a la mañana, el arruinado Barry Lang, lleno de deudas y agobios, disponía de una cuenta por diez mil dólares en el banco, había gastado un montón de dinero en ropa de todo tipo, incluso deportiva, tenía un apartamento cerca de las oficinas, con el alquiler de tres meses pagado de antemano, al igual que el de la oficina en el edificio Acme, y parecía enfrentarse a la vida con el mayor de los optimismos.

Todo comenzó con Peggy y sus dos mil providenciales dólares. Luego, llegaron los quince mil de Kovacs. Demasiado dinero para un tipo como yo. Costaba trabajo hacerse a la idea de que todo aquello fuese cierto, de que no habría un despertar, que convirtiera todo eso en sueños imposibles.

No, no era ningún sueño. Era una dorada realidad.

—Un nuevo período se abre ante ti, Barry —dijo con sencillez Peggy Larson, frotando con sus dedos el dorado del rótulo—. Felicidades, amigo.

—Creo que te besaría, si tú no te opusieras a ello, hada madrina —le dije.

—Vamos, ¿a qué esperas, entonces? —rio de buena gana, entrando en la oficina—. Tu hada madrina aceptará, gustosa, tus muestras de gratitud...

La tome en mis brazos. La besé.

Tuve que soltarla rápidamente, o hubiera olvidado que era mi hada madrina. Sus labios, gordezuelos y jugosos, eran demasiado tentadores. En cuanto a lo demás... Sentir contra mi cuerpo las formas del suyo, resultaba una prueba electrizante.

Respiré hondo, contemplándola. Los ojos de ella chispeaban, tras sus gafas de fantásica montura. Su vestido permitía descubrir cada prominencia de su figura lasciva. Y el dorado claro de su cabello, ponía un nimbo de luz a su rostro malicioso y atractivo.

—Cielos —murmuré—. La fea Peggy... Debía de estar ciego entonces.

—Entonces, todos lo estabais —rio—. Era la más fea del grupo, ¿recuerdas?

—Me resulta difícil recordarlo, viéndote ante mí, tal como eres ahora.

—Tu hada madrina agradece ese elogio —susurró, acercándose a mí—. Y también te ofrece su beso protector...

Antes de que pudiera yo evitarlo, era ella quien me rodeaba con sus brazos desnudos, mórbidos y suaves. Era ella quien buscaba mi boca y la encontraba...

Esta vez no me separé. Ni ella tampoco. La electricidad en el despacho se hizo alta tensión.

—Oh, perdonen. Lamento interrumpir tan conmovedora escena, Lang. Pero, ¿puede decirme a quien ha desplumado para todo este gasto y este lujo?

Solté a Peggy vivamente. Giré la cabeza hacia el origen de la dura y desagradable voz. La presencia humana que la respaldaba, no resultaba mucho más agradable.

—Usted... —mascullé, con ira—. ¿Quién le permitió entrar aquí, teniente Rowland?

—La puerta estaba abierta. Me limité a empujarla —dijo él acremente. Miró con desconfianza la rubia belleza de Peggy. Luego,

se encaró conmigo, amenazador—: Vamos, hable. Estamos muy interesados en el Departamento en saber cómo hace el dinero un tipo como Barry Lang, de la noche a la mañana. Y será mejor que diga la verdad, o le retiraré la licencia y cerraré esta bonita bombonera.

* * *

Mark Rowland era un hijo de perra.

Pero además de eso, era teniente de policía, y eso le permitía demostrar todo lo cerdo que era, sin limitación alguna. Su cargo era su mejor respaldo.

Por si eso fuera poco, tenía detrás al comisionado Hoggart. Mi peor enemigo.

Siendo abogado, yo había descubierto chanchullos de Dave Hoggart, que le impidieron llegar a la alcaldía de la ciudad, y pusieron incluso en peligro su cargo de comisionado. Se rehízo del golpe, y me lo devolvió con creces. Me hicieron caer entre todos en una sucia trampa, de la que salí sin mi título de abogado.

Después, me hicieron la vida imposible hasta dejarme a un lado, cuando comprendieron que Barry Lang era una piltrafa, un miserable detective privado, sin recursos ni clientes, y cargado de deudas por todas partes,

Al parecer, ahora volvían a la carga. Hoggart y su esbirro predilecto, el teniente Rowland. Precisamente el hombre que tenía autoridad en el distrito para despojarme de mi licencia de investigador, obtenida penosamente al perder mi derecho a ejercer como letrado. Claro que él no cometería el error de quitármela arbitrariamente, por si eso le podía traer complicaciones. Iría mucho más lejos. Buscaría pretextos legales para hundirme.

Aquella era la especie de pájaro de mal agüero que había interrumpido nuestro contacto físico.

Me quedé mirándole con frialdad, agresivamente incluso.

—Teniente Rowland, soy un ciudadano americano, con unos derechos intocables como tal, y usted está pasándose en sus atribuciones, ante un testigo como la señora Barrow, que puede testificar en mi favor, si así se tercia.

—De eso, no me cabe la menor duda —dijo, mirando con

insultante ironía a Peggy, de pies a cabeza—. Ambos parecen muy buenos amigos.

—Somos lo que nos da la gana, teniente —me enfurecí—. Y esta oficina está pagada con dinero de curso legal, honradamente ganado. Si quiere más detalles, vaya a preguntar a mi cliente, Gary Kovacs, y él le dirá lo que quiera saber.

—Gary Kovacs, ¿eh? —silbó entre dientes, sacudiendo la cabeza—. Diablo, vaya clientela que se ha buscado, de la noche a la mañana. De ser un muerto de hambre, a trabajar para un multimillonario... ¿Cómo lo hizo, Lang? Estaba usted más hundido que las ratas.

—Evidentemente, ahora no lo estoy —sonreí desafiante—. ¿Le duele eso a usted? Posiblemente, a su amigo Hoggart le dará un ataque de hígado cuando lo sepa.

—Deje en paz a Hoggart.

—¡Déjeme usted en paz a mí! —rechacé, virulento—. Será mejor que se vaya de mi oficina, y para siempre.

—Legalmente, tengo derecho a revisar las oficinas de los detectives privados de mi distrito, y usted lo sabe —replicó él, acerado—. No fue culpa mía que dejase usted abierta la puerta, al desahogar sus instintos afectivos con esa dama, Lang...

—Teniente Rowland, una sola palabra más, y le arrojaré de aquí a golpes.

—No, Barry, espera —me cortó vivamente Peggy, apoyando una de sus manos en mi brazo—. No hagas eso. Posiblemente, sea lo que el busca, para que yo testifique que agrediste a un oficial de policía.

—La dama es muy lista, ¿eh, Lang? —silabeó Rowland, con una risita—. Ya me voy, pero le advierto algo. Voy a vigilarle muy de cerca. En cuanto dé un paso en falso, uno solo, Barry Lang... caeré sobre usted. Y perderá su licencia de detective para siempre. Eso, si no pierde todavía más...

Abandonó la oficina con una mueca en su rostro, que me hubiera gustado borrar a golpes. Pero Peggy tenía razón. Es lo que buscaba el teniente, y yo sería muy necio, si le seguía el juego.

Cuando nos quedamos solos Peggy y yo, cruzamos una mirada, pensativos. En silencio ambos, como preocupados por el incidente

recién aecido. Ella se limitó a murmurar:

—Creo que voy entendiendo, Barry. Primero pensé que tú te habrías metido en algo feo. Ahora veo que solo pretendiste ser demasiado honrado. Y no todos lo son. A veces, ni siquiera un comisionado o un policía...

* * *

Una pequeña y lujosa población flotante.

Eso era el *Tritón*, yate propiedad de Gary Kovacs. Una mansión sobre las aguas, dotada a bordo de todas las comodidades, lujos y placeres: salas de juego, pista para tenis, piscinas, sala de proyección y espectáculos, salón de baile, comedores, entoldados en cubierta, donde descansar o practicar deporte, camarotes suntuosos, y cuanto uno pudiera precisar, totalmente gratuito y al alcance del invitado: máquinas de café, de refrescos, mostradores de bar con toda clase de licores, estanterías de cigarrillos, publicaciones, libros, discos, *videocassettes*, películas y proyectores individuales, en las que había desde viejos filmes mudos hasta filmaciones eróticas, y cuanto uno pudiese imaginar, desde lo más honesto y deportivo, a lo más audaz y frívolo.

El dorado mundo social de Gary Kovacs era aquel. Y en él estaba yo, un oscuro detective privado, con una licencia y una pistola automática, por todo recurso. Los invitados, de ambos sexos, eran casi todos mujeres jóvenes y maduros caballeros. Personalmente juzgué que las hermosas damas que se exhibían en bikinis increíblemente diminutos, como constante show de curvas femeninas, no estaban allí por amistad personal con Kovacs, sino para solaz esparcimiento de los caballeros presentes, que sí tenían aspecto de financieros e industriales.

Blanche, la esposa de Kovacs, parecía ajena a todo aquello, como si el clima picaresco de a bordo no le afectase lo más mínimo. Ella era una dama diferente a la mayoría de las bañistas que pululaban por doquier, y que me hacían objeto principal de sus sonrisas y guiños, desde el instante mismo en que subí a bordo.

—Espero que te guste este fin de semana —comentó Blanche, cuando me dio la bienvenida, ausente su esposo en una reunión de negocios, en su cámara privada del yate.

—Parece que existen todos los alicientes imaginables para ello

—comenté, irónico, viendo pasar a una especie de bomba pelirroja y a una exuberante rubia de curvas increíbles, camino de la piscina, enfundadas en unos bikinis pasmosamente pequeños.

—Creo que no eres de los que se dejan deslumbrar por todo eso —rechazó Blanche.

—Bueno, pues yo no estaría tan seguro —reí.

—Personalmente, haría otra clase de cruceros de fin de semana —suspiró Blanche, y me pareció ligeramente fatigada—. Pero Gary los dispone. Y como se rodea de todos sus amigos, socios y colaboradores, tiene que procurarles una diversión a tono con sus años. He terminado acostumbrándome a todas estas cosas. Cuando menos, Gary me es fiel y no coquetea con esas ninfas.

—Otra cosa resultaría inconcebible —dije, mirándola—. Eres inteligente, hermosa y llena de atractivo.

—Sé lo que piensas: además, soy mucho más joven que él —sonrió.

—No lo he dicho. Ni es cosa mía, Blanche.

—Pero tienes que pensarlo; como todo el mundo. Gary me lleva muchos años. Veinte, exactamente. Se le ve joven, vital, fuerte. Practica deportes y todo eso. Pero la diferencia conmigo se nota, Barry. Es inevitable.

—Lo importante es que sea un buen esposo, Blanche.

—No tengo queja. Si no fuese por sus bromas pesadas, su gusto por burlarse de los demás... Espero que no sea otra de sus bromas el traerte aquí como detective privado...

—Si lo es, hay que reconocer que tu marido paga las bromas a peso de oro —reí.

Blanche también reía, pero me pareció preocupada por algo. Caminamos por cubierta, pasando junto a una piscina donde chapoteaban unas muchachas dignas de presentarse al concurso de «Miss Universo». Sus risas quedaron atrás. Penetramos en el recinto destinado a practicar tenis a bordo.

De repente, ella se detuvo y puso una mano en mi brazo:

—Barry, tengo miedo —dijo, de repente.

—¿Miedo? —la palabra me cogió por sorpresa. La miré, tratando de entenderla—. ¿A qué, Blanche?

—Ni siquiera lo sé. Pero he empezado a sentirme asustada, sin

conocer la razón.

—Siempre hay algo que provoca el miedo, Blanche —argumenté.

—Es posible. Solo que no adivino qué pueda ser. Pero recientemente... Gary y yo hemos estado a punto de morir.

—¿Vosotros? ¿En qué forma? —mi instinto profesional hizo agudizar mi curiosidad.

—Primero, en un accidente de automóvil.

—¿Primero? ¿Es que... hubo otra ocasión?

—Sí, la hubo. La segunda fue más extraña. Pudimos morir... envenenados.

—Blanche... —sacudí la cabeza—. Eso no tiene sentido. ¿Cómo sucedió?

—La primera vez, cuando íbamos en automóvil y perdimos el control del mismo. Los frenos no respondían. Pudimos habernos despeñado por las cunas del litoral, pero Gary es un gran conductor, y salvó la situación, hasta que nos fuimos a un terraplén suave, donde el coche terminó empotrándose en unas pilas de heno. Quedamos magullados, pero sanos y salvos. Luego, un mecánico nos dijo que se había vaciado el líquido de frenos, de forma que podía ser intencionada.

—¿Disteis cuenta a la policía?

—No. Gary teme al escándalo. Su posición, sus negocios... Ya sabes lo que son esas cosas.

—Sí, ya sé. Prosigue. ¿Y el envenenamiento?

—Fue en otro fin de semana, a bordo de este yate. Entonces no había invitados. Solo nosotros dos, el socio de Gary, Lee Gorman, y la secretaria de mi marido, Karin Hamilton. Fuimos los dos últimos en cenar, tras una reunión de negocios. Gorman y Karin tenían que ir a Nueva York, a causa de un compromiso, y les dejamos en tierra con la motora. Volvimos, disponiéndonos a cenar... Gary tenía un perro de caza. Antes de probar el pastel de carne, se le ocurrió echarle un trozo. Nosotros bebíamos unos «Martinis». Súbitamente, el pobre animal comenzó a quejarse, a aullar, a revolcarse por el camarote... Pese a cuanto intentamos, murió en unos minutos. Gary prohibió que tocara en absoluto el pastel, y llamó a su veterinario. Este diagnosticó muerte por envenenamiento. Gary dispuso el

pastel para enviarlo a analizar, sin decirle nada más al veterinario. Este se marchó, convencido de que se trataba de un simple atentado contra un perro, y no dio cuenta de ello a nadie. El análisis de un trozo de pastel reveló que contenía un compuesto de arsénico. Pero analizado en los laboratorios de las propias Industrias Kovacs, nadie fue informado de ello oficialmente.

—Y la policía nada supo, tampoco, de ese segundo atentado.

—Así es. Kovacs no quiere escándalos, ya te lo dije.

—Sí, ya lo dijiste —asentí secamente—. Pero un repetido intento de doble asesinato es demasiado, Blanche, incluso para un Kovacs. Es preciso hacer algo, evitar que eso pueda suceder de nuevo.

—Tal vez por ello te llamó Gary a bordo.

—Si fue por eso, no lo dijo. Mencionó algo sobre finanzas, estafas o robos...

—Él sabrá lo que planea. Nunca me hace partícipe de sus ideas sobre los negocios.

—Este no es un negocio, Blanche, sino vuestras propias vidas. No se juega con eso.

—Sea lo que sea lo que haya de hacerse, es cosa de Gary, no mía. Él sabrá lo que proyecta, al haberte pedido tu colaboración, Barry. Pero te lo repito: tengo miedo. Mucho miedo...

E instintivamente, acaso recordando nuestros viejos días de amistad, casi de romance, en las aulas universitarias, se apoyó en mi hombro, como buscando protección. Yo puse mis manos en su cintura, tratando de alentarla:

—Cálmate, Blanche. Todo va a ir bien ahora...

—Vaya, vaya... El joven camarada revive el viejo idilio... a escondidas del marido celoso —rió la voz insultante y malévola de Shelby Ransom.

Solté en el acto a Blanche, como si quemara su piel. Miré con disgusto hacia el inoportuno invitado de Kovacs. Siempre sonriente, despectivo y sinuoso, Shelby nos contemplaba, con sus cejas enarcadas, con su aire cínico. A su lado, flanqueándole, había dos personas que me eran totalmente desconocidas: un tipo pequeño, rechoncho de redonda cara y adiposa figura, sobre cuya afilada nariz cabalgaban unas gafas de gruesos vidrios y ancha montura de

concha; y una joven de cabellos oscuros, rostro delgado, anguloso y sobrio, ojos castaños y figura alta y esbelta. Vestía un pantalón corto, por medio muslo, y una blusa azul pálida, sobre un cuerpo no demasiado rico en curvas.

—Tus bromas carecen por completo de gracia —repliqué, agresivo.

—Siempre dije que carecías del sentido del humor, Barry Lang —contemporizó él, desdeñoso—. Quizá porque sea una virtud más propia de las personas de buena sociedad...

Me dominé como pude, y bien sabe Dios que no resultaba fácil. Blanche cortó, rápida:

—Nuestra sociedad es evidente que anda sobrada de sentido del humor... y de veneno —me mostró a los dos acompañantes de Shelby y añadió, con diferente tono—: Barry, ellos son Karin Hamilton, secretaria de Gary, y Lee Gorman, socio suyo en los Productos Químicos Kovacs. Amigos, este es Barry Lang.

—Es un placer conocerles —dije, cortes.

Ellos respondieron algo parecido, como procede en tales casos. Pero yo me ausenté inmediatamente, sin esperar a más. Sabía que no podía soportar por demasiado tiempo a Shelby Ransom. Y era mejor deambular solo por el yate, a terminar borrándole la sonrisa a golpes.

Eludí comprometerme con tres ninfas de minúsculo bikini, allá junto a una de las piscinas, y pude regatear hábilmente a otra que me cerró el camino con sus curvas, doradas al sol, pretextando pedirme fuego para su cigarrillo.

Finalmente, me acomodé en la popa, en solitario, bajo un toldillo. Encendí un cigarrillo y contemplé el azul brumoso de la costa atlántica. Nueva York se perdía, gris, en la niebla de la polución y la humedad ribereña, allá atrás. Íbamos bordeando el litoral mansamente, a menos de dos o tres millas mar adentro.

—Le buscaba, Lang.

Alcé la cabeza. Ante mí, recortándose contra el tibio sol matinal, estaba Gary Kovacs, vestido con chaqueta azul marino y pantalón azul. Igual que un auténtico capitán de barco. Intenté incorporarme.

—No, no se mueva —me pidió. Y se sentó a mi lado.

Unas gafas de sol, grandes y muy oscuras, velaban sus ojos. Una gorra de marino cubría sus cabellos grises. Fumaba un cigarrillo en boquilla de ámbar—. Quería verle a solas, lejos de todos los demás.

—Lo imaginaba —asentí

—Se estará preguntando por qué he contratado sus servicios.

—Pues... sí. Me lo pregunto —afirmé—. Aunque Blanche me ha contado ya algo...

—Entiendo. El coche, el veneno...

—Sí, eso es.

—Estoy preocupado —sacudió la cabeza—. Sé que no hubo casualidad ni accidente en ninguno de ambos casos, Barry.

—¿Intento de asesinato?

—Sí.

—¿Tiene enemigos?

—Muchos. Pero no sé si hubieran podido llegar tan fácilmente hasta mí, sobre todo en lo relativo al veneno.

—¿Investigó en la cocina del yate?

—Claro. El cocinero parecía inocente, pero aun así lo eché. Cualquiera pudo entrar en la cocina y mezclar el veneno con la pasta preparada para el pastel de carne.

—Eso parece señalar... a alguien a bordo.

—Eso es. Alguien a bordo.

—En esa ocasión, Blanche me dijo que solo ustedes dos, su secretaria y su socio, Lee Gorman, estaban a bordo.

—Ella olvidó a alguien más: Peggy Larson.

—Peggy... ¿La señora Barrow? —me mostré sorprendido—. No sospechará usted de...

—No sospecho de nadie. Y sospecho de todos, Lang. La he citado porque estuvo aquí a primera hora de aquel día, aunque se ausentó casi inmediatamente. Dejemos eso ahora. Lo que quiero es que haga algo por mí. Para eso le he contratado.

—No me habló entonces de intentos de homicidio, sino de negocios, estafas, robos...

—En el fondo, viene a ser igual. Tengo una sospecha: alguien está engañándome. Hay en mis libros irregularidades que quiero comprobar. En mis negocios hay algo que falla, y deseo saber lo que es. No me sorprendería que quien manipula en las cuentas y en

los fondos de las Industrias Kovacs... fuese quien pretende asesinar-me.

Reflexione sobre eso. Terminé asintiendo.

—Es una posibilidad —convine—. Cuando menos, nos da un motivo, si realmente existen esas irregularidades, que pueden ocultar un fraude económico...

—Existen. Y pueden suponer millones. Incluso podrían reportarme la ruina, si el Fisco imaginara que yo he dispuesto esa contabilidad para eludir impuestos, o cosa parecida.

—En resumen: ¿qué quiere que haga por usted? ¿Descubrir al culpable?

—Por supuesto —afirmó, rotundo—. Pero antes de eso, tendrá que hacer otra cosa por mí, Barry Lang.

—¿Cuál, Kovacs? —indagué, mirándole, tratando de llegar en vano a sus ojos, tras el oscuro vidrio de sus gafas.

—Quiero que usted... que usted ME MATE, Lang.

CAPÍTULO IV

—¿Es otra de sus bromas, Kovacs?

—No. Es una petición seria. Tiene que matarme, Lang.

—Por todos los diablos, ¿qué tontería está diciendo —me irrité—. Creí que hablábamos seriamente, de graves problemas...

—Lo estamos haciendo. Durante este fin de semana, a bordo de mi yate, usted deberá disparar sobre mí una escopeta.

—¿Una escopeta? —le miré, dudando de su equilibrio mental—. Kovacs, será mejor que terminemos con todo este absurdo, si se ha empeñado en volver a las andadas. Su efecto de la otra noche, como conde Drácula, fue aceptable. Pero esto de ahora...

Intenté levantarme. Él puso su mano en mi brazo, con energía. Rápidamente, habló inclinándose sobre mí:

—No hablo en broma, Lang. Necesito que una persona con

aparentes motivos para ello, dispare sobre mí la escopeta que ya tengo preparada al efecto... y finja matarme, a la vista de todos.

—Una vez más le ruego que...

—Yo solo le ruego que me escuche hasta el fin y decida después: he planeado una situación dramática ideal. Usted, que fue buen amigo de Blanche en la Universidad, fingirá sentirse nuevamente atraído por ella. Entonces, yo les sorprenderé, acompañado de un grupo en el que estén todos los invitados, y le reprocharé todo eso. Donde la escena tenga lugar, estará mi escopeta, sobre una panoplia del muro. Cerca de usted. No tendrá más que discutir conmigo. Yo le golpearé. Usted, al caer, se incorpora, toma la escopeta, y dispara sobre mí.

—Cielos, ¿adónde va a parar?

—A esto: la escopeta estará cargada solo con un cartucho de fogueo, pero eso nadie lo sabrá, excepto usted y yo. En mi mano llevaré una pequeña ampolla con sangre animal, que me he procurado en mi laboratorio. La estrujaré sobre mi faz, tras esa pretendida perdigonada mortal, y caeré. Usted huirá entonces por el barco, y le seguirán para darle alcance. Yo procuraré caer al mar. Soy buen nadador, no tema. Y tendrá oculto un flotador en ese punto, sujeto al casco del buque. Todo está preparado de antemano. Alguien se lanzará por mi cuerpo. Y sé que quien lo haga... será el estafador, el bribón que planeó nuestra muerte.

—¿Por qué cree tal cosa?

—Porque ya, anteriormente, habré hablado de ciertos documentos en mi poder, pruebas remitidas sobre los fraudes en mis libros y la persona responsable, por un investigador infiltrado en mi empresa anteriormente. Diré que esa misma noche voy a desenmascarar al culpable, en cuanto lea los documentos, una vez a solas, y sepa toda la verdad. Naturalmente, quien se lance primero al agua, será el culpable, que así tendrá ocasión de extraer del bolsillo de aquel a quien creará difunto, los comprometedores documentos.

—Eso tiene sentido —acepté—. Pero ¿y yo? ¿Qué será de mí, entretanto?

—Usted se entregará, diciendo a todos parte de la verdad: en suma, que todo fue una broma planeada entre usted y yo de antemano. Yo apareceré, rescatado por el culpable, que habrá

tomado de mi bolsillo un sobre que lo mostraré a todos antes del suceso, y confirmaré, con mi presencia, lleno de vida, la realidad de sus palabras. Es una broma genial... pero encaminada desenmascarar a un granuja.

—Usted seguirá sin pruebas concretas contra esa persona, salvo acusarle de que pretendió robarle unos documentos que no significan nada.

—Es que mi proyecto no consiste en entregar a la policía a esa persona, sino en hundirla totalmente, con la fuerza de un Kovacs. Tendrá que confesar y apartarse de mí para siempre, sea quien sea, a cambio de mi promesa de no destruirlo hasta el límite. Soy muy mal enemigo, Lang.

—El truco es complicado, extraño... y difícil —le señalé—. Podría fracasar.

—Nada habremos perdido —sonrió—. Solo que usted y yo habremos gastado una broma colosal a todos ellos.

—¿Incluso... a su esposa? —sugerí.

—Incluso a Blanche, sí. Debemos mantenerla ignorante de todo.

—¿También sospecha de ella? —dije, irónico.

Se encogió de hombros, con hermética expresión. Se puso en pie.

—Ya le dije que sospecho de todos. Bien, Lang. Espero su repuesta. ¿Va a hacer ese papel en la farsa, o prefiere renunciar a su trabajo y que elija otro detective?

Arrugué el ceño, tratando de encontrar la respuesta idónea. A fin de cuentas, aunque cruel con quienes fueran inocentes, la farsa de Kovacs podía dar resultado. Y ahora, él era mi cliente. Yo necesitaba un cliente así. Había ido ya demasiado lejos para volverme atrás.

—Sí —acepté, al fin—. Lo haré, Kovacs. Y Dios quiera que todo salga bien.

—Claro que saldrá bien —rio, satisfecho—. Escuche: esta misma noche, usted...

Los detalles de la representación, pronto quedaron ultimados.

* * *

Era una buena escopeta de caza, de dos cañones. Los cartuchos

se comprobaron minuciosamente: eran le fogueo. Los puse en sus respectivas recámaras, y colgué el arma en su sitio.

El gabinete tenía una cristalera abierta al pasillo de babor. Parecía un pabellón de caza, con sus cabezas de jabalíes y de venados, incluso. Afuera, el mar distaba poco. Solo aquel pasillo, la borda... Me asomé.

Abajo, se adivinaba difusamente, sabiéndolo ya, la forma de una balsa neumática, cerrada, flotando sobre la superficie de las aguas, atada a alguna cuerda del yate. Era de color gris azulado, y su visibilidad era casi nula.

Me retiré del lugar. Todo estaba en orden. No parecía fácil que hubiese fallo alguno. Ni el más leve. Gary Kovacs había planeado bien su juego, como una broma más a sus invitados. Pero esta vez, la broma buscaba algo más que irritar o divertir a la gente: su objetivo era un ladrón. Un malversador de fondos. Un asesino en potencia, además.

Esa misma noche tendría lugar la farsa, a la vista de todos. Para ello, mi primera maniobra sería llevar a Blanche allí, con cualquier pretexto. Luego, Kovacs haría el resto.

Por la tarde llegó a bordo Peggy Larson, pero no podía alterar los planes, aunque, cumpliendo la palabra dada a Kovacs, tampoco a ella le revelé el secreto de nuestro plan.

Imaginaba que quien más iba a sufrir esa noche, se ría precisamente Blanche. Y lo sentía por ella, pero su esposo quería mantenerla ignorante de todo durante unos terribles minutos, y era preciso obedecer sus instrucciones, por si Blanche misma, inexplicablemente fuese responsable.

Mis sospechas se centraban especialmente sobre el obeso Lee Gorman, socio de Kovacs, y sobre su secretaria personal, Karin Hamilton. También podía ser Shelby Ransom, en su condición de asociado a la empresa de Kovacs, aunque ignoraba yo si eso le daría acceso a los libros de la gran industria.

De cualquier modo, si todo resultaba como esperaba Kovacs, aquella noche misma tendríamos la respuesta.

Era optimista, en parte. Solo en parte.

Interiormente, algo me decía que todo el plan podía salir mal.

Y en ese caso... ¿Qué sucedería?

Yo no podía saberlo. Pero la idea me desagradó terriblemente. Y casi sentí algo muy parecido al miedo...

Aún estaba a tiempo de volverme atrás en ese momento. No lo hice.

Y el destino siguió su curso.

* * *

—Barry... ¿Por qué me has traído aquí?

—Quería verte a solas, Blanche. Lejos de todos los demás.

—¿Incluso lejos de mi marido?

—Sí, incluso eso, Blanche.

—No pretenderás ahora... hacerme el amor...

—No. No lo pretendo. Solo quiero hablarte a solas. Sin testigos. Este lugar me pareció bien. ¿A ti no?

—Bueno, es igual que otro cualquiera —miró, pensativa, la luz tamizada, las cabezas de animales cazados, las armas del muro, la vidriera abierta al pasillo de babor del yate—. ¿Qué quieres decirme exactamente, Barry? ¿Se refiere a... a los dos atentados sufridos?

—Sí. En cierto modo, se refiere a eso —asentí, acercándome a ella. Tomé sus manos, con naturalidad, y ella no encontró nada raro en ello, al parecer—. Es preciso cuidar de vuestras vidas. De la tuya, especialmente. Nunca me perdonaría que, siendo yo investigador privado, un desconocido pudiera... causarte daño a ti, Blanche. Siquiera por lo que significaste para mí en otro tiempo...

—Barry, sabía todo eso. Pero me gusta oírlo en tus labios —me miró, profundamente pensativa. Creí captar un brillo emocionado en el fondo de sus pupilas. La luz tamizada y el tenue reflejo de las luces del exterior, que penetraban con su brillo blancuzco por la vidriera asomada al pasillo de babor, daban matices de cobre o de oro viejo a su cabello rojizo. Estaba muy cerca de mí. Demasiado cerca, incluso, en aquella especie de pabellón de caza reconstruido a bordo. Demasiado cerca, en la suave penumbra. Demasiado cerca para ser una mujer casada con mi cliente. Demasiado cerca para ser todo lo hermosa, seductora y femenina que ella era...

—Blanche, la vida tiene, a veces, cosas extrañas —dije—. Ocurra lo que ocurra en el futuro, y haya ocurrido lo que fuese

antes, creo... creo que hubo un momento en que te amé de verdad.

—Y... ¿ya no? —musitó ella.

Se había acercado más aún. De repente, sentí una fría transpiración en mi epidermis. Aquello iba demasiado lejos ya. No por parte mía, además, sino por la de ella. Blanche, ignorante de la *mise en scène*, estaba interpretando su papel demasiado bien. Vi temblar sus labios suavemente carnosos. Vi palpar agitadamente su descote, el nacimiento de su torso, suave, pero erecto.

—Ahora eres de otro hombre, Blanche —musité, empezando a sentirme tremendamente incómodo en una representación donde parecía como si el texto aprendido se hubiese olvidado, y empezáramos a recitar los actores un diálogo diferente... y peligroso.

—Eso, muchas veces, importa poco —susurró—. Barry, una sola palabra tuya y yo...

—No —corté, presuroso—. Calla. No digas más. Solo somos, ahora, amigos. Buenos amigos, viejos camaradas. Y nada más, Blanche.

—Barry, yo sería lo que tú quisieras. Dejaría a Gary, abandonaría todo este mundo que me asquea, solamente con que tú... me dijeras que...

—No, Blanche, no. Eso no —y puse mis dedos sobre su boca, como queriendo sellar sus labios.

Fue un error, porque ella interpretó esa aproximación como una muestra apasionada de mis sentimientos. Apenas me di cuenta... y ella estaba en mis brazos, sollozando, cubriendo mi rostro, mi boca, de besos, de llanto ahogado. Su cuerpo oprimía el mío, y yo quería desasirme en vano...

Repentinamente, la luz tamizada se hizo más intensa. Alguien había movido el interruptor de la entrada opuesta al pasillo de babor. Un murmullo de asombro llegó hasta mí.

—Es todo cuanto necesitaba ver —dijo la voz helada y agresiva de Gary Kovacs.

Blanche gritó roncamente, soltándose de mí, y echándose atrás, aturdida. Yo, inseguro, miré a Kovacs. No supe qué hacer, por un momento. Él me miraba, como esperando mi reacción prevista. Pero algo había cambiado en la farsa. No todo fue farsa,

ciertamente. Y me preguntaba si él...

Le rodeaban todos los demás: Peggy Larson, la divorciada señora Barrow, tremendamente sensual e intensamente rubia; Lee Gorman, rollizo, rubicundo y atónito; Karin Hamilton, inexpresiva, rígida, como una perfecta secretaria carente de toda femineidad. Y, finalmente, Shelby Ransom, sarcástico, exultante de ironía y de placer, al fondo de la estancia.

Delante de todos, Gary Kovacs, aparentemente furioso; crispado, muy en su papel de esposo ofendido, que no era tan ficticio como él pudo imaginar al idear aquel absurdo y maldito plan.

—Kovacs, espere —dije, tratando solo de contemporizar—. Yo le explicaré...

—¡Cerdos! —aulló él—. ¡Una esposa indigna... y un esbirro que se siente conquistador de esposas ajenas! ¡Yo le enseñaré, sabueso de medio pelo!

Saltó sobre mí como un tigre. Pensé si era tan buen actor, o si su ficción ya no era tal. Cuando me aferró por las solapas, y me soltó un directo al mentón que era como una coz, le oí mascullar borrosamente entre dientes:

—¡Vamos, Lang, vamos! ¿A qué espera para hacer su papel decentemente?

Como vacilé, sin llegar a caer, comprendiendo que aún todo aquello formaba parte de su asquerosa jugarreta, decidí llegar al límite de mi absurdo papel. Y caí contra el muro donde se hallaba la panoplia de armas, justo cuando él, en su papel de esposo humillado, cruzaba la sala, parándose en la vidriera, mirando al exterior y aullando:

—¡Siento deseos de arrojaros a ambos por la borda, pareja de traidores desvergonzados!

Yo maldije entre dientes, dentro de mi papel. Blanche sollozaba, encogida en un rincón, sin reaccionar aparentemente. Estiré mi brazo. Todo estaba medido, ensayado de antemano. Me encontré con el arma. Tiré de ella.

Todo tenía que ser ahora muy rápido, antes de que alguien pudiera frenar mi acción. Lo habíamos convenido así. Gary Kovacs esperaba a pie firme, como si se dispusiera a hacer algo contra nosotros.

—¡Maldito viejo! —grité, con fingida ira—. ¡Blanche merece otra clase de esposo!

Y disparé.

Todo lo hice tan vertiginosamente, que nadie tuvo tiempo de evitarlo. Blanche emitió un grito agudo, estremecedor. La miré, viéndola palidecer, oscilar, empezar a caer. Miré también a Kovacs, que se llevaba las manos al rostro. Su faz se convirtió en una masa roja oscura. La sangre chorreó entre sus dedos crispados. Aulló de forma inhumana, saltó atrás, trompició en el pasillo de babor como un perfecto actor en pleno momento supremo de su representación... y todos le vimos voltear por encima de la borda, dejando en ella huellas de sangre, antes de ir abajo, a las aguas oscuras, a la noche en alta mar, con una sorda zambullida.

Se hizo un silencio trágico en la sala. Peggy, me contemplaba con horror profundo. Y todos los demás. Blanche yacía en la alfombra. Alguien fue hacia ella, creo que la propia Peggy. Otro corrió a la borda, se arrojó a las aguas, en pos de Gary Kovacs.

Recordé sus palabras, borrosamente, mientras sostenía el arma humeante en mis manos:

«El que se arroje tras de mí en primer jugar... ese será el culpable, Lang.»

Y quien se arrojaba para salvarle era... Shelby Ransom.

CAPÍTULO V

Hice la segunda parte de mi plan. Ahora ya sabía quién era el culpable del doble intento de asesinato, del desfalco, de la malversación de fondos. Eso, si la teoría de Kovacs no fallaba.

La farsa había salido perfecta. Nadie hubiese podido admitir que Gary Kovacs, al saltar la borda, pudiera estar vivo. Era, exactamente, la imagen del hombre herido de muerte. Una representación perfecta.

Tiré el arma, precipitándome al exterior por la misma salida

utilizada por la presunta víctima y su «salvador». Ahora, en las aguas, se oía el chapoteo de alguien, nadando en la oscuridad. Sus voces llegaron vagamente hasta mí:

—¡Kovacs! ¡Kovacs! ¿Dónde estás? ¿Te encuentras bien?...

Solo le respondían los chapoteos. Acaso fingía, y Ransom estaba ya hurtando de los bolsillos del presunto cadáver aquellos falsos documentos que eran el cebo del anzuelo.

Yo no tenía que preocuparme de eso. Solo de correr y correr por cubierta, perseguido ya por Gorman, por Karin Hamilton. E incluso por el personal al servicio de Kovacs en la tripulación de su yate Tritón.

Me oculté un par de veces, eludiendo la persecución. En el yate, todo eran voces, carreras, llamadas entre sí. Una frase me alcanzó repetidas veces:

—¡Es un asesino! ¡Engañaba a Kovacs con su mujer, y al verse sorprendido le mató! ¡Hay que darle caza!

Sonreí para mí mismo cuando pensé en la gran sorpresa que iban a llevarse cuando el «cadáver» recuperase la vida, acusando al ladrón de fondos de su empresa. La gran broma dramática de Kovacs iba a ser como una bomba de espoleta retardada. Lástima del daño que podría causar a la infortunada Blanche, especialmente.

Seguí burlando a mis perseguidores, hasta que consideré que ya era tiempo. Una voz me advirtió de ello, al vocear:

—¡Eh, mirad! ¡Ya sube Shelby con el cuerpo! ¡Vamos, id a ayudarlo!

Mientras alguien iba a echar una mano a Ransom, otros continuaban persiguiéndome. Al fin, creyeron rodearme en proa. Vi armas de fuego en manos de los marineros, y juzgué que era mejor poner fin a la farsa, de una vez por todas.

—Ya basta —dije, incorporándome, brazos en alto—. Me entrego. No disparen.

Fui rodeado en breves segundos. Me dieron algunos golpes, me cachearon. Un fornido miembro de la tripulación del yate, dobló mi brazo a la espalda, dolorosamente. Dejé que hicieran todo eso, esperando risueñamente el desenlace del juego.

—Es increíble, Lang —silabeó el gordito Gorman, mirándome de

cerca, con desprecio—. Él confiaba en usted y ha tenido que hacer todo esto. Seducir a la esposa, matarle a él. ¿Qué clase de monstruo es usted, maldito asesino?

—Lo dijo Shelby —terció fríamente, con su voz, seca como ella misma, Karin Hamilton—. Es un indeseable. Tuvo problemas con la policía, le expulsaron como abogado.

Ahora me tomaría mi pequeño desquite de toda aquella gentuza. Me dolió ver tras de todos ellos a la rubia y espléndida Peggy, mirándome con asombrados ojos azules, intensamente abiertos.

—Barry... —la oí musitar—. ¿Por qué? ¿Por qué lo hiciste? Si amas a Blanche no era ese el medio...

No traté de explicarle nada. Todo se explicaría seguidamente. Ya veía varias figuras, chorreando agua, allá en la cubierta. Una de ellas era la de Shelby Ransom inclinado sobre el hombre recién sacado del agua. A su lado, hasta tres tripulantes del Tritón, formando círculo.

—Pronto van a tener la respuesta que esperan —dije, irónico—. Vamos, ¿por qué no van allí y ven que su natrón está lleno de vida como lo estamos nosotros, hatajo de majaderos?

—¿Qué pretende decir con eso, Lang? —me replica Gorman, incisivo.

—Que todo ha sido una broma más —reí de buena gana—. La mejor y más pesada broma imaginada por Gary Kovacs, amigos.

Peggy pestañeó. Uno de los marinos del yate venía hacia nosotros. El resto del grupo siguió allá. Temí que Kovacs hubiera recibido algún golpe al caer, y sufrido daño, después de todo.

—¿Qué hay, Pat? —preguntó Karin Hamilton, volviéndose al marino—. ¿Y su patrón, el señor Kovacs?

El marino la contempló seriamente. Luego, me miró a mí de un modo extraño.

—¿Qué espera, señorita Hamilton? —respondió a la secretaria de Kovacs—. El patrón está muerto. La perdigonada de esa escopeta le destrozó rostro y cráneo a quemarropa. Ya era cadáver, cuando dimos coa él en las aguas.

Era imposible que hubiese sucedido.

Pero así fueron las cosas. Yo mismo pude contemplar, instantes después, con ojos desorbitados por el horror, el cadáver de mi víctima. Era cierto todo. La perdigonada a bocajarro le había destrozado rostro y cráneo. La muerte fue casi instantánea. Era un espectáculo muy desagradable ver aquel cuerpo.

Se regresó a puerto, tras comunicar por radio con los guardacostas. Un patrullero escolló al yate, tras hacerse cargo del cadáver de Gary Kovacs. Yo fui esposado, pese a todas mis protestas de inocencia.

Mi versión de los hechos no convenció a nadie. Ni siquiera me escucharon. El examen de la escopeta, abandonada en el lugar del supuesto crimen, todavía empeoró las cosas. Un guardacostas dijo que el cartucho utilizado era auténtico, lo mismo que el que quedaba en la otra recámara. Es decir, repleto de perdigones capaces de abatir a una pieza de caza mayor, a corta distancia.

Yo había abatido a un hombre. A sangre fría, sin posibilidad alguna de excusa o atenuante. Además de ser sorprendido seduciendo a la esposa de Kovacs, había cometido un homicidio en primer grado.

Un forense confirmó que la muerte de Kovacs se produjo antes de tocar el agua, y que cuando esta penetró en sus pulmones, ya estaba muerto por efectos del demoledor impacto del arma de caza.

Fui acusado de homicidio en primer grado.

El teniente Mark Rowland se sintió muy feliz de hacerse cargo de mí, apenas llegamos a tierra. El interrogatorio fue brutal. Demasiado brutal, para lo que los derechos de un ciudadano americano exigen. Pera Rowland sabía cómo pegar sin dejar huella, bajo una ducha fría. Eran reminiscencias del tristemente célebre: «tercer grado». El comisionado Hoggart anunció públicamente la vergüenza que para la ciudad de Nueva York suponía procesar a un detective privado por homicidio. Todos se ensañaron conmigo a conciencia.

Al final, renuncié a mi historia inicial, a la pura verdad del caso. No valía la pena insistir en ello. La única persona que podía confirmar mi relato era el propio Kovacs. Y él estaba muerto.

Creo que cuando me condenaron a muerte, no sentí sorpresa alguna.

Los testimonios de Lee Gorman, de Karin Hamilton, de Shelby Ransom, del teniente Rowland y de Blanche Kovacs, eran realmente demoledores. Solo Peggy Larson se mostró partidaria de creer mi palabra y culpar al difunto Kovacs por lo que, sin duda, fue un fallo absurdo en la carga de la escopeta.

Todo eso lo rebatió fácilmente el teniente Rowland, con sarcasmo, cuando afirmó al jurado que su primer encuentro con «la divorciada señora Barrow», fue en mi oficina, mientras nos besábamos apasionadamente. Las risitas del jurado en ese momento, fueron para mí más elocuentes que todos sus veredictos.

Estaba perdido, y lo sabía.

Después, todo lo demás careció ya de importancia. El veredicto, la sentencia, los fogonazos de flash de los reporteros gráficos.

Era el fin de una historia grotesca e inverosímil. Echando la vista atrás, yo mismo me preguntaba cómo fue posible que aceptase la fantástica «broma» de Gary Kovacs. Había sido un juego absurdo y peligroso con la Muerte. Ahora, él ya no existía. Dentro de poco, sería yo quien no existiera.

Justamente ahora, cuando recuerdo todo aquello, estoy a punto de morir.

A punto de iniciar mi último paseo, hacia la silla eléctrica.

Hacia el fin de todo.

En esta madrugada mortal, yo, Barry Lang, voy a pagar por un crimen que, en justicia, no cometí.

Y, sin embargo, mi mano armada apretó el gatillo, disparó el proyectil.

Y mató.

Si eso significa ser culpable... entonces, sí. Entonces soy culpable. Y debo morir.

Segunda Parte

JUSTICIA

CAPÍTULO PRIMERO

DEBO morir.

Falta muy poco, sin duda alguna. El tiempo ha pasado rápido ahora.

Mientras evocaba todos aquellos sucesos increíbles y sorprendentes, el tiempo pasó demasiado rápido.

Queda ya tan poco por recordar...

Solo una visita a la prisión. Una sola, cuando aún permitían visitas.

La única visita que tuve. La única que se acordó de mí en esos momentos, tras la sentencia de muerte.

—Peggy... —murmuré—. ¿Por qué has venido?

Peggy Larson, de casada la señora Barrow, me contempló a través del panel de separación, en la sala de visitas de la prisión de Sing-Sing, adonde había sido trasladado.

—Tenía que hacerlo, Barry —dijo lentamente—. Creo que fue mía la culpa de todo esto.

—No, Peggy. No fue tu culpa. Son cosas que suceden. Tú intentaste hacerme un bien. No podíamos contar con el destino. Siempre me ha sido adverso —sonreí—. Espero que esta sea la última vez que ocurre.

Bajó su rubia cabeza. Con aquel vestido gris, sobrio sencillo, parecía menos insultante la belleza de su cuerpo. Y menos malicioso el encanto de su rostro.

—Barry... Quisiera hacer algo por salvarte de todo esto —musitó—. Tiene que haber algo. No sé dónde, pero tiene que

haberlo. Barry, ¿no puedes ayudarme?

—No hay nada más que decir —rechacé—. No, Peggy. Es el fin.

—Pero... pero, ¿disparaste realmente contra Kovacs con ánimo de... de matarle?

—No —rechacé secamente—. Sabes que yo nunca haría eso. Dije la verdad, entonces.

—¿La historia de... de ese fantástico juego, esa «broma», en complicidad con Kovacs?

—Sí, Peggy. Sé lo que pensarás. No lo digas. No tengo otra coartada. Y no sirve, de sobra lo sé. He insistido en ello, una y otra vez, porque era la verdad. Un culpable apela a algo más verosímil, ¿no te parece?

—Es lo que he pensado en todo momento —me contempló gravemente—. Dios mío, Barry, ¿pero por qué? ¿Qué buscaba Kovacs con ese juego absurdo?

—No lo sé. Creía que manipulaban en sus libros, sospechaba de alguien. Ya lo conté en el proceso. Eso me costó las iras del fiscal, la declaración demoledora de Shelby Ransom, que era el que primero se arrojó buscar a Kovacs y, según mi historia, eso parecía presentarle como culpable a él.

—Ransom ha probado que no pudo manipular él esos libros. Tiene una empresa asociada con las industrias de Kovacs, eso es todo. No podría llegar hasta su sección de contabilidad, en modo alguno.

—Pero... ¿Existían esos fraudes? —indagué.

—Al parecer, sí —afirmó ella, pensativa—. Pero, según el fiscal, no prueba nada. Kovacs perdió por fraude varios millones de dólares. Se está investigando ese falseamiento de los libros, pero no va a servirte de nada a ti, Barry. No será ninguna prueba en tu favor.

—Lo temía. ¿Y respecto a los intentos de asesinato en las personas de Kovacs y de su esposa Blanche?

—Nada en claro, Barry. Lo que sería preciso probar es tu inocencia, el hecho de que Kovacs planeara ese juego. Si hubiese dejado algo escrito en tal sentido...

—Desgraciadamente, no fue así —suspiré—. Y los muertos no hablan, Peggy.

—¡Barry, no puedes morir así, siendo inocente, no teniendo culpa de nada! —protestó ella. Y añadió, con repentina lucidez—: Alguien... ¡alguien tuvo que cambiar los cartuchos de esa escopeta! ¡Eso fue lo que sucedió, seguro!

—Sí, ya lo pensé —admití sombríamente—. Eso fue lo que sucedió... pero, ¿cómo probarlo ya? El culpable no va a hablar, descuida. Mi muerte significa su impunidad total. No va a desperdiciar la ocasión.

—Su último minuto, señorita... —la recordó un celador, gravemente.

Ella asintió. Me miró largamente. Puso sus manos en el panel. Yo también. Pero no había posible contacto físico. Nos contemplamos directamente a los ojos.

—Barry, creo... creo que te amo —susurró roncamente.

—Sí —dije—. Yo también lo creo.

—Entonces... ¿lo de Blanche? —musitó.

—Ya te lo dije. Formaba parte del truco. Solo que Blanche no parecía amar demasiado a su esposo. Lo descubrí esa noche poco antes de suceder todo.

—Entiendo. Ella no entraba en el juego.

—No, ella no —incliné la cabeza—. Adiós, Peggy. Y gracias.

—Barry...

El celador volvía ya hacia ella, para retirarla. Vi lágrimas en sus ojos. Cuando se alejó definitivamente, por última vez, oí muy débil su voz:

—Barry, lucharé hasta el fin. Hasta el último instante... por salvar tu vida. Sé que eres inocente. Y lo sé porque te amo.

Se cerró la puerta. Quizá todo eso fue un consuelo.

* * *

Lo fue.

Ahora, pensándolo, sé que lo fue. Me conforta recordar a Peggy.

Es lo único que realmente me produce un cierto alivio en estos momentos.

No sé lo que ella hará. Dijo que lucharía. Pero sé que no puede hacerlo. Se habrá cansado. Estará agotada, quizá desvelada, contando también las horas, los minutos. Pobre Peggy. Y pobre

Barry Lang.

Se acerca el fin de esta madrugada de muerte. El filo de las sombras. El umbral de la eternidad.

Ahí terminará todo. Y muy pronto.

CAPÍTULO II

—¿Qué hora es?

El celador me ha mirado con disgusto. No le gustan esa clase de preguntas, es obvio. Sacude la cabeza. Se encoge de hombros. Pasa ante mi celda.

—Eso no debe importarte, Lang —me dice—. Lee, escucha música. O descansa.

—¿Descansar? —he reído entre dientes—. Me sobrará tiempo para eso, amigo.

Es evidente que mi réplica le ha desarmado. Sigue paseando. Pero no me dice la hora. Trato de adivinarla, pero es difícil. Hago un cálculo. Puede que sean las once. O las doce. No más, estoy seguro.

Dios mío, qué poco tiempo ya...

Solo unas pocas horas. Cinco. Y luego...

Luego amanecerá. Yo habré muerto para entonces. Me habré quedado atrás. Como la madrugada. Quizá entonces haga algo Peggy por mí. Lo último: reclamar mi cadáver, darle sepultura digna y todo eso.

No quisiera pensar en todo ello, pero... pero ¿en qué otra cosa puede pensarse? ¿Qué otra clase de ideas pueden acudir en una madrugada como esta, a la mente un hombre?

Leer... Oír música... Todo eso es estúpido. Lo he intentado ya. No pude entender una sola letra del volumen que tomé. No escuché una nota de música siquiera. No reconocí melodía alguna.

Descansar.

Tal vez sea lo mejor. Cerrar los ojos, tendido en la litera. Creerse muerto ya. Y acaso rezar. Rezaba, como rezaba en mi infancia:

«Si muriera antes de despertar, Señor...»

No. No puedo morir antes de despertar. Ni siquiera puedo dormirme. Hay que ir por el propio pie hasta la cámara donde se alza la silla eléctrica, esperando con su montón de voltios para convertirle a uno en un cuerpo abrasado e inerte.

Y sabré esperar ese momento.

Esperare dignamente. Con arrogancia. Con valor. Como debe esperarse algo así.

* * *

El apagón tuvo lugar quizá sobre la una de la madrugada.

Fue repentino. Se extinguió la luz en todo Sing-Sing. Simultáneamente, sonó, allá lejos, un zumbido estridente. Vi luces rojas parpadear en los corredores de la tristemente célebre penitenciaría neoyorquina.

—¿Qué sucede? —me precipité hacia la puerta enrejada.

—Calma —me replicó un celador—. Parece que hay un incendio en alguna parte del presidio. Debió ser en la central eléctrica. No te alarmes, Lang. Pasará pronto.

Alarmarme... No dejaba de tener su sangrienta ironía aquella recomendación. Alarmarme yo... ¡porque se había cortado el fluido eléctrico! Me pregunté qué sucedería si eso hubiera sucedido para un largo plazo. De días, semanas o meses. ¿Cómo me ejecutaría entonces la ley del supremo estado de Nueva York?

Pero lo cierto es que las sirenas de alarma seguían sonando, y las luces no volvían. Estaban en pleno relevo de la guardia de madrugada, por lo que pude oír. Algunos celadores se alejaron presurosos, para averiguar lo que ocurría. Se quedaron dos de ellos, con lámparas eléctricas portátiles iluminando el corredor. Jamás debió verse tan sombrío como ahora, con la cámara de la muerte allá al fondo.

Me apoyé con fuerza en la celda. Sorprendido, capté un leve chasquido. No pude dar crédito a mis sentidos. ¡La cerradura de la puerta había cedido suavemente! Y la puerta de la celda estaba

abierta.

Recordé que últimamente utilizaban cierres electromagnéticos de seguridad. Sin duda, el incendio declarado afectaba también a los sistemas electrónicos. Los circuitos estaban averiados, inconexos. Así se explicaba aquello.

Nadie lo había advertido. Contuve el aliento, reteniendo la puerta. Miré al exterior. Dos celadores. Solamente dos, uniformados, paseando por el corredor, seguros de sí. Yo no podía constituir para ellos peligro alguno. Al menos, teóricamente. Incluso con aquella puerta abierta casi mágicamente ahora, ¿qué podía hacer yo contra dos hombres armados, cualquiera de los cuales podía dar la alarma, para reducirme si les atacaba? Y aun en el dudoso caso de salir vencedor, ¿que podría hacer en aquel pabellón de muerte, con mi uniforme gris de sentenciado a la última pena?

Uno de los celadores se alejó para ocuparse de los relevos en la oscuridad. Se quedó solamente uno, paseando por el corredor. Mi corazón palpitó con furia, casi ahogándome.

Era la gran ocasión. La única.

La lucha. La rebeldía. El morir luchando, forcejeando por algo, no sacrificado estérilmente como una res en el matadero. Prefería morir cosido a tiros por los guardianes de Sing-Sing, a verme allí esperando, esperando siempre la hora mortal.

Cuando estaba de espaldas, salí de la celda. Había accionado la puerta abierta, empujándola simplemente. Salté como un tigre sobre mi celador. Este juró entre dientes, con sorpresa, quiso volverse... Le descargue un seco golpe de judo en la nuca, otro en el hígado. Lo doblé, sin conocimiento. Lo recogí rápido. Volví a la celda, dejando abierta la puerta.

Solo cuarenta segundos, y estaba hecho. Él, vestido con mi uniforme gris. Esposado. Y amordazado con su propio pañuelo.

Yo, vestido de uniforme. Armado. Como un celador auténtico. Me encasqueté la gorra. Salí, cerrando la puerta. El celador, con su gris uniforme, quedaba tendido en la litera, medio tapada por la manta.

Avancé por el corredor, tranquilamente. Mi corazón era un animal desbocado, galopando dentro de mi pecho. Ahora, más cerca de la libertad, esta me parecía más inaccesible que nunca. Era

un simple sueño dorado. En cuanto volviese la luz, todo sería igual. Pero yo moriría intentando huir. Cosido a tiros. ¿Qué más daba? Eso resultaba más piadoso.

Un celador apareció frente a mí. Venía con paso firme, seguro. Le veía a contraluz de uno de los rojos, centellantes parpadeos de alarma dentro de la penitenciaría.

Seguí avanzando. Incliné levemente la cabeza, sin apresurar el paso en absoluto. Él se detenía. Iba a abordarme. Algo me ahogaba, me cortaba el aliento. Pero todo estaba perdido en aquel juego. De modo que intenté serenarme como pude.

—Eh, Clint —sonó su voz—. Puedes ir a tomar un refrigerio. Hank ha sido requerido para ayudar en el incendio. Se ha producido en el centro de energía eléctrica y pabellón de computadores eléctricos. Yo cuidaré del preso de la celda de la Muerte. Pero no tardes.

—No —negué sordamente, sacudiendo la cabeza, sin alzarla—. Vuelvo enseguida, gracias.

Pasó junto a mí. Rozándome. Se quedó atrás, camino del corredor fatídico. Yo crucé otra puerta enrejada, cuyas células fotoeléctricas no estaban activadas. Pisé el corredor amplio, fuera del pabellón de la muerte. Conducía a las salas de guardia y a la cantina del personal de servicio.

Caminé paso a paso, esforzando mi mente en las tinieblas, solo surcadas por ramalazos de luz blanca de las lámparas eléctricas de otros celadores. Oí en algunos puntos:

—¿Contraseña?

—«Hace buena noche, Sam.»

—Está bien, pasa.

—Alto. ¿Contraseña, amigo?

—«Hace buena noche, Sam» —apenas si eran murmullos, pero sonaban huecamente en la oscuridad vacía. Y yo los captaba, alucinado por la idea delirante y fantástica de luchar por mi imposible libertad, fuera de los muros nefastos. Huyendo a la muerte, justo en el filo de aquella mortal madrugada.

—Alto. ¿Contraseña?

Creí que era otro eco. No. No lo era. Una lámpara me enfocó bruscamente, y bajé el rostro, cubriéndome con una mano.

—Diablo —refunfuñé—. Me vas a dejar ciego.

—La contraseña, rápido. O disparo —me apremiaron.

—Vete al infierno —gruñí con voz ronca. Y añadí—: «Hace buena noche, Sam.»

—Por ahí debiste empezar —refunfuñó la voz del celador, desviando la lámpara de mi faz—. Vamos, sigue. Ya sabes que hay que controlar rigidamente el Pabellón de la Muerte.

—Claro —mascullé entre dientes, alejándome—. Me han turnado, ¿no entiendes? Ese maldito incendio lo trastornó todo.

—Dicen que estará en poco tiempo resuelto —rio el otro—. No temas, que ese tipo morirá achicharrado de todos modos.

Se alejó riendo, pero a mí eso no me hizo ninguna gracia. Seguí adelante, hacia la cantina. Más allá, otra verja asomaba al patio. También este era cruzado por reflectores de baterías. Y por un foco procedente de una de las torres de guardia. Vi un coche-furgón preparado. Primero pensé si sería el encargado de conducir mi cadáver, y me estremecí.

Pero pronto oí voces, ya en la puerta de la cantina, entre un celador y un hombre de diferente uniforme:

—Yo no espero más, amigo —decía el último—. Me largo con mi cacharro de aquí. No me gusta andar cerca cuando oscilan las luces, revelando que se ha producido la famosa descarga... Para entonces, prefiero estar lejos, suponiendo que reparéis pronto la avería.

—Bah, eso es cosa de poco tiempo. En cuanto extingan el fuego, funcionará el sistema eléctrico de emergencia. Luego, volverá todo a la normalidad. Siempre se cumple justicia aquí. Esta mañana no va a ser una excepción, seguro.

—Bien. Para entonces, yo andaré ya lejos de Ossining. Esta ciudad me cripa los nervios. Creo que la furgoneta estará ya cargada. Me largo, amigos.

—Buenas noches, y buen viaje —le deseó uno, riendo.

Yo me deslicé pegado al muro, pero caminando como cualquiera de los celadores del recinto, hasta el mismo patio. Nadie me detuvo allí. El desorden del incendio, cuyos reflejos llegaban hasta mí, bailoteando en la noche oscura, como destellos del mismo infierno, había alterado en parte la rigidez de las medidas interiores

de la prisión. Además, nadie temía una fuga, ni en sueños. Y ahí estaba su error.

Alcancé la furgoneta. Descubrí su interior: eran recipientes, embalajes, y garrafas. La furgoneta oficial se cuidaba del suministro de la penitenciaría. Había llegado cargada de material, y volvía con recipientes vacíos. Las puertas estaban abiertas. Dos celadores subían a ella una serie de cajones con botellas vacías, justo en ese momento. Luego, se volvieron, caminando hacia un lugar donde esperaban otros tres cajones iguales, apilados junto a un muro.

Mi presencia, en el patio sumido casi en sombras, salvo los ramalazos de blanca luz de las lámparas bailoteantes y de los focos del propio coche, pasaba forzosamente inadvertida. Era un empleado más, deambulando por allá. Nadie tenía por qué fijarse en mí, en tanto no se supiera que un celador auténtico reposaba en la litera de la celda de la muerte.

Tome mi decisión rápidamente. Todo dependía de mi velocidad y sigilo en actuar. Ahí se cifraba la única diferencia entre vivir y morir.

Salté dentro de la furgoneta, entre los embalajes y recipientes vacíos. Mis elásticas piernas me hicieron salvar obstáculos, y caer en un angosto hueco, entre los objetos allí apilados, al fondo de la cabina posterior. Garrafrones y envases de metal me cubrieron totalmente.

Los celadores venían ya, con otra caja de botellas. Fueron cubriendo así el hueco entre mí y la puerta. Luego, uno resopló:

—Todo terminado. Puede revisarlo, oficial.

Me encogí todo lo posible, conteniendo el aliento. Una luz barrió el interior minuciosamente. Una voz aprobó:

—Correcto todo. Puede salir, Barney.

—Uf, ya era hora —reconocí la voz del conductor—. ¿Cómo va el incendio?

—A punto de ser dominado. En menos de diez minutos, habrá vuelto el fluido eléctrico a toda la prisión, Barney. Ahora, buen viaje, amigo. Y hasta la próxima...

Cerraron las dos puertas, asegurándolas con doble pestillo. Yo respiré hondo, en el oscuro interior con olores a cerveza, leche, vino, aceite, grasas y combustibles. En vez de sentir aquel cierre

como el de la tapa de un ataúd, me pareció el de las puertas mismas de la esperanza, abriéndose de par en par, a medida que se cerraban aquellas.

Claro que aún no todo estaba salvado. Oí trepidar el vehículo, capté el ronquido del motor. Y rodamos.

Nos detuvieron de nuevo en la puerta. Fue una espera interminable, angustiada. La voz de Barney se cruzó con la de los controladores de salida de Sing-Sing. La tensión era insoportable.

No llegaron a abrir la parte posterior. Al parecer, un control previo, en una tarjeta sellada, era suficiente para ellos. Dieron paso al vehículo.

¡Y salimos de Sing-Sing!

* * *

Yo no pude saberlo entonces.

Pero alguien, cerca de Sing-Sing, vio salir aquella furgoneta de servicio celular, rumbo al centro urbano de Ossining.

Alguien sentado al volante de un automóvil oscuro, aparcado no lejos del presidio neoyorquino.

Alguien que, tras bajar unos prismáticos con los que vio salir la furgoneta, hacia el exterior, perdiéndose en la noche oscura, hizo solo un frío comentario entre dientes:

—Ya está hecho. Barry Lang ha escapado.

A su lado, un hombre de traje negro y jersey azul marino, de cuello subido, gafas de vidrios color caramelo y expresión inescrutable, se limitó a seguir fumando su cigarrillo, asintiendo en silencio, con un simple movimiento de cabeza.

Cuando la luz eléctrica volvió esa noche a Sing-Sing, Barry Lang estaba ya lejos de allí.

Esa madrugada de muerte tuvo que suspenderse una ejecución, por causas imprevistas para la justicia.

Solo que yo, el recluso, el evadido, ignoraba que no todo aquello fue casual, ni mucho menos.

No podía saber, entonces, que alguien, en la sombra, preparó mi evasión, solo cuatro horas antes de la ejecución.

Ni podía imaginar siquiera lo que me esperaba, más allá de la libertad.

CAPÍTULO III

Cuando el conductor del vehículo abrió las puertas posteriores, descargué el golpe. Lo estaba esperando hacía rato. Y lo hice.

Cayó redondo, como un fardo más, al pie de la furgoneta. Salté afuera, advirtiendo que me encontraba en un amplio almacén, con olor a humedad y abandono. Alrededor mío, las mercancías se acumulaban por doquier.

Debía ser el proveedor de Sing-Sing. O uno de sus proveedores, cuando menos. No iba a pararme a estudiar eso. No había tiempo para tanto. A estas horas, casi unos sesenta minutos después de la evasión, si mis cálculos mentales no eran erróneos, todo andaría revuelto en la penitenciaría. E incluso fuera de ella. Solo en el período de pocos minutos, teléfonos, teletipos, televisión y radio, transmitirían la noticia a todo el país.

Ya me imaginaba la noticia en letras mayúsculas, en todos los rotativos:

«SENTENCIADO A MUERTE ESCAPA
DE LA CELDA FATÍDICA.
¡BARRY LANG, EL ASESINO,
EN LIBERTAD!»

Tal vez no me diesen tanta importancia. Tal vez fuese todo menos espectacular. Pero lo que era indudable es que la policía de todo el Estado de Nueva York —y de todo el país, además—, andaría tras de mí en estos momentos. De eso no había ninguna duda en mi mente.

Até y amordacé al cautivo, y abandoné el almacén. No se me ocurrió tomar su furgoneta. Sería el vehículo reclamado en primer lugar, por todos los servicios policiacos del Estado.

No lejos de allí, encontré una parada de autobuses. Me

encontraba a medio camino entre Ossining y New York City. La eludí con rapidez. El bus no era tampoco el procedimiento ideal para escapar. Y empecé a preguntarme qué hacer, adónde ir.

La idea se me ocurrió inmediatamente. Era la más razonable. Quizá, precisamente porque no lo era.

Nueva York.

La capital de millones y millones de seres. O un cepo infernal... o una forma de evasión. De cualquier modo, la elegí sin vacilar.

Nueva York... Un automóvil usado que encontré en un viejo cobertizo, me sirvió para iniciar mi carrera hacia alguna parte, huyendo de la muerte. Libre, cuando menos, para luchar por mi propia vida.

Hice un contacto en su motor, tras abrir la portezuela, forzándola. Y partí hacia la gran urbe, donde esperaba mezclarme con la humana colmena que podía ser mi mejor escondrijo.

O mi ataúd definitivo.

* * *

Amanecía.

Contemplé con extraña emoción aquel asomar de la luz lívida del amanecer, por encima de los altos rascacielos, allá sobre el East River.

Era un día más, sin duda alguna. Lo era para la mayoría de los neoyorquinos que, poco más tarde, se levantarían de sus lechos para ir al trabajo. Para todo aquel quien un día le resultara fatigoso, aburridamente parecido a otro anterior. Pero para mí...

Yo, Barry Lang, pude no haber visto este amanecer. Debía haber muerto en el filo sutil que separaba aquel amanecer de la madrugada anterior. Y, sin embargo, estaba vivo.

Vivo. Libre. Mezclado con toda una ciudad apresurada, nutrida, inmensa. Con una muchedumbre casi infinita.

No sabía para qué. Ni por cuánto tiempo. Solo sabía que iba a luchar por mi existencia. Que iba a defenderme como una fiera acosada. A zarpazos. A dentelladas, si era preciso. No quería que me cogieran vivo. No. No me cazarían vivo, eso seguro.

Tenía muchos sitios adónde ir. Pero pocos complejamente seguros. Recordé la flamante y lujosa oficina del edificio Acme, en

la Calle Cuarenta... La mansión de los Kovacs... El yate de Gary y Blanche Kovacs... El domicilio de Peggy Larson, la divorciada señora Barrow.

Ninguno de esos procedimientos servía. Ninguno. Pronto, apenas descubriesen mi evasión, y pudieran hacer sus cálculos, la policía controlaría las rutas y lugares lógicos. Especialmente, el teniente Mark Rowland. Él sí lucharía duramente por darme caza. Ya lo creo que lucharía, el muy bastardo.

Sin embargo, quizá los teléfonos aún no estuviesen controlados. Lo intentaría. Tenía que intentar algo. Y esto era lo primero.

Me metí en una cabina pública. Marqué un número. Esperé.

El timbre sonó. Una, dos, tres, cuatro, cinco veces. Ya iba a colgar, cuando alguien levantó el aparato, allá al otro extremo del hilo.

—¿Sí? —preguntó una voz femenina, ronca, extraña, pero que yo reconocí bien—. ¿Quién es, por favor?

—Peggy —susurré. Y, rápido, añadí—: No, no digas nada. No menciones nombres. Nada de nada, Peggy, recuerda.

—Dios mío, no... ¿Qué significa...? —la voz de ella dio un tono roto, quebrado, casi convulso—. No puede ser...

—Sí —afirmé—. Soy, Peggy. Eso basta. ¿Es que no sabes? ¿No oíste boletines de radio, emisiones matinales de televisión...?

—Estoy en mi lecho. No he dormido. No puedo dormir. Pero no abrí la radio, ni la televisión... Oh, no puedo creerlo. Ya... ya pasó la hora. Son las siete... Casi las siete, querido...

—Calla —corté—. Sí, son ahora las seis y cuarenta minutos. Puedo ver un reloj, desde este lugar. No hables. No comentés. Sucedió. Pude evadirme. Estoy libre. Aquí, en la ciudad...

—¡Aquí! Libre... Cielos, es un milagro...

—No lo sé. Tal vez lo sea. No podría decirlo. Pero estoy en la calle, como uno más. Quería hablar contigo, y saber si puedo... hablarte. El teléfono podría estar... interceptado.

—Que yo sepa, no. De todos modos, podría suceder...

—Debo correr el riesgo. Solo confío en ti.

—Quiero verte, ¿entiendes? Verte... en persona.

—Yo también a ti. Ve adonde nos vimos la primera vez. ¿Entiendes?

—Sí, sí.

—Comprueba que no te siguen. Yo también tomaré medidas. Esta noche. A las ocho.

—A las ocho... No faltes.

—No faltes tú, te lo ruego —pedí en un murmullo—. Te necesito.

Y colgué.

Si estaba intervenida la línea, el riesgo sería tremendo. Pero eso importaba ya muy poco. No arriesgaba nada más que mi vida. Y esa, en buena lógica, ya hacía tiempo que la había perdido.

* * *

—Barry...

—Peggy...

Esta vez, nadie podía sorprendernos. La oficina desierta, en sombras, cerrada con la llave que yo aún conservaba, guardada en la rendija, entre el alto dintel de la puerta y el muro del corredor, desde tiempo atrás, cuando aún era aquel mi cuchitril único. Cuando aún no había complicado mi vida hasta el punto de verla en peligro ante la cámara de las ejecuciones.

Y allí, nosotros dos. Enlazados. Unidos nuestros labios. En contacto electrificante nuestros cuerpos, por un abrazo apasionado, intenso, trémulo. Como solamente pueden abrazarse dos seres que pensaron encontrarse solamente más allá de la vida, en la propia eternidad...

Nos apartamos lentamente. Entraba por la ventana el pestañeo de luz de un letrero luminoso cercano a mi viejo despacho de oscuro detective lleno de deudas. A su claridad parpadeante, sus ojos eran bellísimos. Y azules. Muy azules. Ya había prescindido de sus lentillas, al parecer.

—Nadie me ha seguido —musitó ella—. Tomé dos taxis, un autobús, luego un coche alquilado que guardaba en un viejo garaje... y finalmente, otro taxi hasta tres manzanas de este lugar. Estoy bien segura, Barry.

—Espero que sea así —sonreí, acariciando sus plateados cabellos—. Yo también he cuidado mis pasos, lógicamente. Ahora, confiemos en que Rowland no recuerde esta ratonera, y la haga

cercar. De cualquier modo, si ello sucede, hay un medio de evasión. Dos, mejor dicho.

—¿Seguro, Barry?

—Seguro. Uno es por las azoteas, pero en eso pensaría enseguida Rowland. El otro, es el montacargas que va directo casualmente desde el lado de esta oficina hasta los sótanos del edificio. Desde allí, tengo un conducto, a través de las alcantarillas, hasta una salida más allá de esta manzana. Por eso elegí este lugar, Peggy.

—Luché cuanto pude, Barry —musitó ella—. Te lo juro. Incluso llamé al FBI...

—¿El FBI? —la miré, perplejo, sin entender—. ¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué tiene que ver el FBI en todo este asunto, Peggy? Ellos no podían ayudarme.

—Y sin duda, no lo hicieron. Pero el agente especial Duncan Gaylord, de la División de Asuntos Extranjeros, me atendió muy cortes.

—¿Asuntos Extranjeros? ¿Oficina Federal? No entiendo nada. Peggy. ¿Qué significa todo eso?

—Lo supe muy tarde, Barry. Cuando tú ya estabas virtualmente sentenciado, y con pocas horas ante ti para sobrevivir...

—Pero... ¿qué supiste, Peggy?

—Que a Kovacs le perseguía alguien. Alguien con la misión de darle caza, vivo o muerto.

Me quedé de una pieza. Atónito, miré a mi única amiga en estos momentos. Hubiera querido entender algo, pero no me era posible. Traté de razonar:

—Intentaron matarle dos veces, pero... se supone que fue la persona que alteró los libros de contabilidad de las Industrias Kovacs, ¿no es cierto?

—Sí. Esos fraudes contables existieron. Faltan, en realidad, más de doce millones de dólares de la cuenta general de la empresa.

—¿Tanto dinero?

—Sí, tanto dinero, Barry. Nadie sabe adónde fue a parar, ni quién alteró los libros. Lo están estudiando todo. Parece que también hubo arreglos en las liquidaciones fiscales, y el FBI se interesa por ello, pero no tanto como por el perseguidor misterioso

de Kovacs.

—Pero... ¿por qué precisamente los federales, Peggy?

—Porque ese personaje... es un extranjero.

—Un extranjero... —medité en silencio. Traté de razonar, paseando por el viejo, polvoriento y olvidado despacho de detective —: ¿Kovacs lo era?

—Sí, lo era. Desde 1947 estaba en Estados Unidos. Era eslavo, nacionalizado americano. Aquí hizo su fortuna, ayudado, quizá, por «trusts» europeos. No entiendo mucho de todo eso, Barry, pero parece que es lo que el FBI supone. Quizá engañó a alguno de esos grupos financieros extranjeros, o hizo espionaje, o cosa parecida. Incluso hay quien supone que pudo estar afiliado a una especie de Mafia centroeuropea, nacida en los tiempos azarosos de la Segunda Guerra Mundial.

—Solo son suposiciones todo, ¿no es cierto? —comenté, desilusionado.

—Sí. Pero es algo, Barry. Puede estar ahí la clave de todo —me tomó por los brazos, con energía—. Los federales no pueden negar que tú disparaste aquella escopeta, y que el cayó al mar, con el rostro destrozado por la descarga. Pero cabe la posibilidad de que su truco fuese real, de que alguien cargase ese arma, la misteriosa persona que venía tras él desde Europa... Es lo que están investigando en estos momentos.

—¿Servirá de algo? —dudé, encogiéndome de hombros junto a la ventana. Mire abajo, al exterior. La luz parpadeante, azul y roja, no me reveló sino coches aparcados, una pareja besándose en un portal, y el asfalto mojado por una llovizna que había venido a confirmar los pronósticos meteorológicos de la noche antes. Ya hacía más de treinta horas que estaba libre. Y nada había sucedido. Los periódicos publicaban la noticia de mi evasión en primera plana. Eso era todo. Imaginaba que la caza policial era despiadada. Pero yo estaba ya allí, oculto, con una bolsa de viandas, desde aquel mismo mediodía. Entré vestido de mujer, con unas prendas adquiridas en un bazar. Y nadie se fijó en mí. Tras despojarme de ropajes y peluca, había vuelto a ser Barry Lang. Pero solamente dentro del viejo despacho polvoriento. A la espera de Peggy.

—Barry, hay que tener fe, confiar en que algo suceda... —musitó ella, acercándose a mí.

—¿Fe? —me encogí de hombros—. Es lo único que me queda. La tuve incluso allí dentro. Hubo un momento en que creí perderla. Entonces tuvo lugar el apagón, el incendio, todo lo demás... Fue providencial. Y ahora solo espero tener la ocasión de encontrar algún camino a seguir, una pista que me conduzca a la verdad... sea cual sea. Y entonces... Eh, un momento. Peggy. ¡Mira eso!

Ella miró abajo. La pareja seguía besándose en el quicio oscuro. Los coches aparcados era todo lo que se veía. Eso, y el reflejo azul y rojo del luminoso, repetido en los leves charcos de agua.

—No veo nada —murmuró—. ¿Qué creíste ver?

—Lo suficiente —murmuré con voz ronca—. Esa pareja que se besa... Miró hacia aquí. A esta ventana.

—Oh, Barry, debiste imaginarlo...

—No, no lo imaginé. Son policías. Hombre y mujer. Vigilan esto. Estamos localizados, Peggy —me volví, bajando el visillo descolorido y sucio—. ¡Hay que salir de aquí!

—Barry... Puedes engañarte.

—No me engaño. Fingen besarse. Ella miraba por encima del hombro. Un parpadeo del luminoso descubrió la dirección de su mirada. Luego, miró él. Yo moví el visillo entonces. Lo tuvieron que ver. Hay suficiente luz. Peggy, vas a hacerme un favor. El último...

—Oh, Barry, no hables así. ¿Qué quieres que haga? —sus ojos brillaban, excitados. Sentí sus senos contra mí, al acercarse.

—Entretenerlos. No te dejes ver. Pero asoma de vez en cuando un poco, moviendo el visillo. De cinco en cinco minutos. Entretanto, yo escaparé.

—¿Por el sótano?

—Sí —afirmé—. Dios quiera que el camino esté expedito. No olvides mover levemente el visillo. Eso les distraerá.

—Descuida. Pero tú... ¿adónde irás ahora?

—No lo sé aún. Peggy, ¿dónde está Blanche, en estos momentos?

—Blanche... —hubo algo dolorido en su voz—. ¿Te interesa ella?

—No seas tonta. Me interesa su difunto esposo, sus enemigos secretos. Blanche no me importa nada. Solo tú, Peggy.

—Te creo —suspiró—. Sigue a bordo.

—¿En el *Tritón*?

—Sí, en el *Tritón*. Tras ser clausurado y precintado por la policía, terminado tu proceso, le dejaron ocuparlo libremente. Lleva la tripulación habitual, y creo que está anclado donde siempre. Entre Battery Park y South Street. A veces se hace a la mar, pero por pocos días. Dos o tres, todo lo más.

—Entiendo. Es todo, Peggy. Adiós... y gracias —besé sus labios fugazmente.

—Barry, ¿no pensarás ir allá, a ese yate...? —sonó ahogada su voz.

Pero no le respondí. Me perdí en el corredor, y alcancé el montacargas. Un momento más tarde, intentaba mi evasión por ese camino, confiando en que burlaría a los hombres del astuto y despiadado teniente Rowland.

Lo conseguí. Fueron burlados.

Lo supe cuando salí de las alcantarillas, a dos manzanas del edificio. Detuve rápidamente un taxi y le di una dirección.

Era una lucha contra el tiempo. Estuve seguro de ello cuando las ediciones vespertinas, desde un puesto de periódicos, me gritaron sus titulares de primera página:

«¡COGERÉ AL ASESINO BARRY LANG
EN MENOS DE DIEZ HORAS!,
HA PROMETIDO EL TENIENTE
DE POLICÍA MARX ROWLAND.»

El taxi siguió adelante. Y yo, con él. Hacia mi desastre final. O hacia mi victoria.

CAPÍTULO IV

Lee Gorman me contempló aterrorizado. También Karin

Hamilton.

Miré a los dos. Empezaba a entender muchas cosas. Uno era socio de Kovacs. La otra, su secretaria. Pero nada de eso les exigía vivir juntos y compartir la noche en un mismo lugar: la casa de Gorman, precisamente.

—Usted... ¡El asesino! —jadeó Gorman, lívido, echándose atrás con terror, ante mi revólver «Smith & Wesson», calibre 38, encarado contra él. Era un recuerdo de los celadores de Sing-Sing. Un práctico recuerdo, en estos momentos.

—Eleve un poco más la voz o haga alguna tontería, y le mato —dije, sibilante.

Se mostró desasosegado, inquieto. Su figura rolliza abombaba grotescamente el lujoso pijama de seda, a usanza japonesa, con cinturón lazado. Tras él, pálida y temblorosa, estaba Karin Hamilton.

Me llevé una sorpresa con ella, al ver su figura en prendas íntimas.

No estaba tan delgada ni carente de atractivos como totalmente vestida. Ni mucho menos.

—Bueno, parece que le gusta disimular sus encantos físicos, ¿eh, preciosa? —dije, con sarcasmo, moviéndome hacia la alcoba de donde ambos habían salido al derribar yo la silla, en mi entrada a la casa.

—¿Qué... que busca aquí? —musitó ella, trémula—. ¿Piensa asesinarnos como a Kovacs?

—No asesiné a Kovacs —rechacé—. Y ustedes tal vez sepan eso, como otras muchas cosas, ya que son un buen par de pajarracos. Socio y secretaria liados... Creo que empiezo a ver de dónde parten esos fraudes contables de millones de dólares...

—¡Es falso! —aulló Lee Gorman, asustado—. ¡No sabemos nada de ello, palabra! ¡No manipulamos esos libros, ni Karin ni yo!

—Ya. Ni tampoco tienen relación íntima los dos, ¿eh? —dije, sarcástico.

—Es... es diferente —miró angustiado hacia la ventana posterior, por la que yo había penetrado, tras escalar el muro de su vivienda, acaso esperando que otras personas escalasen también aquel punto: los hombres del teniente Rowland, por ejemplo—.

Karin es soltera, yo también... y nos hemos sentido atraídos mutuamente. No hay nada malo en ello.

—Me tiene sin cuidado su idilio, Gorman. Yo busco a un asesino. A la persona que mató a Kovacs, cambiando, sin duda, los cartuchos de la escopeta. Y que estuvo a punto de cometer su segundo asesinato: mi propia ejecución en Sing-Sing, siendo inocente.

—¿Usted... inocente? —masculló Karin Hamilton, indecisa—. No puedo creerlo. Todos vimos lo de aquella noche...

—Oh, claro. El crimen perfecto. El asesino conoce el plan. Y solo tiene que cambiar el contenido del arma para que una simple farsa se convierta en tragedia irremediable. Había alguien que odiaba a Kovacs lo suficiente para desear su muerte. ¿Quién, Gorman?

—No... no puedo saberlo —tragó saliva su socio—. Estábamos unidos en los negocios hace solo cuatro años... y él llevaba más de treinta en Estados Unidos...

—Desde mil novecientos cuarenta y siete, en efecto —asentí—. Tras la Guerra Mundial. Por cierto, Gorman, el FBI sabe que Kovacs tenía un enemigo extranjero, persiguiéndole en Estados Unidos con idea de asesinarle, si era preciso. ¿Qué sabe usted de eso?

—Un... ¿un enemigo extranjero? —Gorman se encogió de hombros, pero su palidez repentina, mayor aún que antes, y el terror de sus ojos dilatados me hizo saber que mentía al continuar —: No... no sé nada de eso, palabra...

—Gorman, mi paciencia es corta —dije, sibilante, alzando el revólver—. Mi tiempo lo es también. Imaginaré fácilmente que un hombre sentenciado a muerte no se parará ante nada, con tal de intentar salvar su pellejo.

—¡Espere! —terció Karin con viveza, interponiéndose ante su amante—. Yo se lo diré.

—No, Karin, él nos matará de igual modo... —jadeó Gorman—. Y ese hombre puede también matarnos, si salimos vivos de esto, por haberle delatado...

—¿Qué hombre? —apremié vivamente. La mire a ella—. Hable, señorita Hamilton. Es mejor para todos, créame.

—Voy a creer en usted, por una vez —suspiró ella—. Mi jefe,

Gary Kovacs, recibió ciertamente confidencias de que alguien le vigilaba y perseguía. Estuvo asustado durante un tiempo. Yo intercepté casualmente un mensaje amenazador, dirigido a él. Estaba escrito en inglés, pero con faltas ortográficas y de redacción que hacían pensar en un extranjero. Su texto, aproximadamente, era este: «Es cuestión de días que caigas. Todo se paga. Y tú lo sabes. L. M.»

—¿La firma era... L. M.? —indagué, curioso.

—Sí, solo eso. No había más detalles. Cuando lo recibió Kovacs, se mostró muy agitado. Hizo redoblar su tripulación en el yate, su personal de seguridad en la empresa... Tenía miedo, seguro.

—Eso... ¿fue antes o después de los accidentes que sufrió, el del coche con los frenos averiados y la muerte de su perro por envenenamiento, señorita Hamilton?

—Creo que fue todo un poco antes. Luego, le oía murmurar, a veces: «Ahora lo entiendo. Ahora lo entiendo. Quieren acabar conmigo...»

—¿Nunca sugirió quién o quiénes? ¿No dijo nada que le permitiera saber quién era L. M.?

—No, nada —negó ella, rotunda—. Tiene mi palabra, Lang.

—Y yo la acepto —me incliné ante ella, cortés—. Perdone la intromisión. Su vida privada no es cosa mía. No quiero dañarles en absoluto. Solo les ruego que, a ser posible, nada digan a nadie sobre mi visita a su casa esta noche.

—Estamos obligados a informar a la policía, Lang —se quejó Gorman, preocupado.

—Conforme. Cumpla con su misión de ciudadano, Gorman —acepté—. Pero en ese caso, llame al agente especial del FBI Duncan Gaylord. Dígale que el extranjero tiene por iniciales las letras L. M., y que amenazó con misivas a Kovacs.

—¿El FBI? —se inquietó Karin Hamilton—. Quizá no acepten el informe...

—Lo aceptarán, esté segura —dije, retrocediendo—. Buenas noches. Y perdonen...

Abandoné de nuevo la casa, por el mismo lugar que había llegado, utilizando la escala de seda que utilicé para entrar. Casi estuve convencido de que ellos llamarían al FBI. A menos que

fuesen culpables de algo, y prefiriesen al teniente Rowland, mi enemigo mortal

* * *

El yate no estaba en Battery Park.

El *Tritón* habíase hecho a la mar aquella misma mañana. Me pregunté si en ello tendría algo que ver mi fuga de Sing-Sing...

Un viejo empleado de los tinglados portuarios de South Street, me informó que se hallaba a cosa de una o dos millas de la costa, frente a Staten Island. Al menos, era lo que había oído decir en la cantina, a unos miembros de su tripulación.

Me encamine hacia los embarcaderos privados de un club náutico. Contemplé las hileras de bellas y rápidas canoas a motor, alineadas en sus puntos de atraque. Para un tipo como Barry Lang, detective privado, era coser y cantar la tarea de soltar amarras de cualquiera de ellas, y poner en marcha el motor a gasolina mediante un truco rutinario en mi oficio.

Y lo hice.

Momentos más tarde, con el motor lo más silencioso posible, abandonaba en la noche el embarcadero de recreo, con una excelente canoa de dos plazas, rápida y de fácil maniobra. Además, había comprobado previamente su reserva de combustible. Era suficiente para correr más de treinta millas.

Avancé bordeando la estatua de la Libertad, y después la costa de Brooklyn, hasta enfilear Staten Island, ya a toda velocidad. Si los guardacostas me sorprendían, estando como estarían alerta, por si el evadido Barry Lang intentaba escapar por mar, todo se habría terminado.

Pero yo no ganaba nada quedándome a la espera de acontecimientos en la ciudad que estaba siendo últimamente mi populoso refugio. Era mejor arriesgarlo todo. Y correr en busca de esos acontecimientos.

Acontecimientos que, tal vez, pudieran hallarse a bordo del yate *Tritón*.

Mi marcha fue regular y precisa. Conocía bien el perfil blanco y estilizado del *Tritón*. Por tanto, cuando lo vi recortándose en la noche, con escasas luces a bordo, y flotando mansamente en alta

mar, a menos de una milla de la costa sudeste de Staten Island, lo reconocí en el acto.

Me acerqué, apagando el motor y dejando que la canoa se aproximara silenciosamente al casco de la lujosa embarcación de placer del difunto millonario Gary Kovacs.

Finalmente, dejé caer el ancla. La canoa se quedó parada, no lejos del casco. Me despojé de mis ropas, en parte. Puse mi revólver en una bolsa plástica que llevaba para ello, y me tiré al agua sin vacilar.

Era negra y fría como la misma noche. Estaba empezando a lloviznar de nuevo, y el tamborileo sordo de las gotas en la superficie marina, era como un ritmo marcando mis brazadas. La lluvia me golpeó como una helada caricia el rostro y los cabellos.

Nadé hasta el casco de la embarcación. Utilicé la cuerda de su ancla para subir a bordo. No fue ninguna tarea de titanes, pero me dejó sin aliento. Lo recuperé, agazapado en la cubierta, bajo un toldillo.

No lejos de mí, uno de los tripulantes montaba guardia, paseando, arma en mano. Me sorprendió ver que era un moderno fusil ametrallador. Evidentemente, la viuda Kovacs se protegía con eficacia de cualquier peligro. Tal vez ella sí sabía de la existencia del misterioso extranjero L. M., y temía ahora por su vida, una vez desaparecido Gary Kovacs.

Una vez recuperado, avancé, eludiendo al vigilante, con el sigilo que hubiera podido poner un puma en los movimientos. Iba dejando un leve reguero de agua, pero confiaba en que, dada la oscuridad reinante, nadie lo descubriese.

Esta noche, al contrario que la inolvidable velada de la muerte de Kovacs, las luces de cubierta estaban apagadas. El silencio a bordo era total. Las luces de Staten Island, en la distancia, eran como festones de colores sobre el negro espejo de las aguas. La lluvia empezaba a caer con mayor intensidad ahora.

Su rumor me ayudaba a moverme con mayor holgura. Y su humedad en la cubierta, borraría mis huellas. Bendije a la lluvia interiormente.

Me fui aproximando al centro del barco, donde yo sabía que estaban los camarotes que antes ocupaban habitualmente los Kovacs. Quizá Blanche estuviera por allí. Era preciso que la viera y

hablase. Ella podía ser la clave del asunto. La que desvelase el misterio de «L. M.». Y algunos otros. Todo dependía de que siguiera confiando en mí, siquiera en parte, y no le diese por escandalizar.

Al fin vi luz. Procedía de la cabina de Blanche, precisamente. Su claridad escapaba por los ojos de buey, cegados por cortinas translúcidas. Llegué hasta ellos, y en vano traté de mirar al interior.

Pero creí sentir un ronco murmullo de voces. Blanche no debía estar sola.

Me aproximé despacio a la puerta. Estaba cerrada, de modo que abrirla significaba delatarse ante los ocupantes de la cabina. Dudé. Miré alrededor. La llovizna golpeaba en el metal del yate sordamente.

Repentinamente, dentro del camarote sonó un ruido seco, ahogado. Un raro «ploc», que me hizo sobresaltar.

—¿Champaña? —musité para mí—. Pudiera ser, pero... también un disparo con silenciador suena así...

Me hice rápidamente a un lado. Y muy a tiempo.

La puerta del camarote de Blanche, acababa de abrirse. Fue ella la que asomó su rostro al exterior. Pude ver su perfil iluminado, a menos de cinco o seis pulgadas del mío. Por fortuna, no se volvió hacia mí. Se limitó a otear el exterior, a escuchar la lluvia.

Dentro, la voz ronca de un hombre, pregunto;

—¿Lo ha oído alguien?

Un silencio breve. Una respuesta de ella, también breve:

—No. Nadie, querido...

Volvía al interior. Rápido, estiré el cuello, traté de vislumbrar algo, a través de la puerta que se cerraba.

Solamente descubrí una rendija de luz rosada. Y dentro, un hombre de cabello intensamente negro, inclinado sobre algo o alguien que yacía en el suelo alfombrado. Me daba la espalda, y no pude ver sino su oscura ropa y sus cabellos, muy negros, así como parte de su nuca. Eso fue todo.

Después, la puerta quedó nuevamente cerrada.

El murmullo del interior era inaudible. Olfateé el aire. Venía un tenue aroma acre, desde la puerta recién cerrada. Lo identifiqué, sin lugar a dudas.

Pólvora.

Ahora sabía algo: no fue un taponazo al descorchar champaña, sino un disparo silenciado. Y había alguien en el suelo del camarote. El enigma crecía.

Blanche había llamado «querido» a un hombre de pelo negro y ropas oscuras. De modo que había otro hombre. Acaso siempre lo hubo. Y él alteró el curso de las cosas. Imaginé a Blanche, falseando los libros de contabilidad, sin sospecharlo su propio esposo...

Apreté los labios, irritado. Aquello tomaba mal cariz. No podía confiar en Blanche. En absoluto. Acaso ella... y L. M., estuvieron de acuerdo para acabar con Kovacs, un esposo demasiado viejo para ella. Y muy rico, además. Ahora, toda la fortuna de él era suya.

Las cosas empezaban a tomar forma, pero, ¿quién era L. M.? ¿Dónde le conoció Blanche?

Me resistía a imaginar a mi antigua compañera de colegio, novia juvenil mía, como culpable de algo tan horrible, conjurada contra su propio esposo. Sin embargo, todo iba encajando razonablemente. Incluso su repentino apasionamiento conmigo, aquella noche, en la sala del crimen...

—¡Estúpido de mí! —mascullé, furioso—. Esa sí que fue una buena trampa... pero no de Kovacs, sino de Blanche. Y yo, necio, caí de lleno en ella...

Dentro del camarote había actividad. Oí murmullos, pasos rápidos, el movimiento sordo de algo...

Una vez más, intenté ver el interior. Me asomé a uno de los ojos de buey, pugnando por penetrar a través de una rendija en las cortinillas con mi visual. Solo descubría sombras difusas, pero tal vez permaneciendo allí más tiempo...

Puse tanto interés en eso, que me olvidé de todo lo demás. Incluso de que estaba a bordo de un yate extraño, rodeado de hombres armados...

Cuando empecé a recordarlo, era tarde. Sentí un leve roce a mi espalda, busqué rápido mi revólver, me volví con celeridad... y todo eso fue perfectamente inútil.

Algo contundente se estrelló en mi cráneo.

Un dolor profundo y taladrante sacudió todo mi ser. Bailotearon ante mis ojos mil lucecillas que antes no estaban allí.

Y luego me hundí en una oscuridad más profunda que la propia

noche y que el mar tétrico que me rodeaba.

CAPÍTULO V

—Parece que ya vuelve en sí...

Tenían razón. Ya volvía en mí. Reconocí incluso aquella voz: era Blanche.

Al abrir los ojos, me dolió todo mi cráneo terriblemente, pero lo soporté. Me limité a pestañear un poco, antes de fijar mi mirada en la imagen bailoteante que se inclinaba sobre mí.

—Diablo... —mascullé—. Blanche.

Era ella. Me contemplaba desde su bonito rostro, enmarcado de cabellos rojos. Vestía un pantalón gris oscuro y una blusa negra, muy ceñidos. Sus formas resultaban llamativas. Su aspecto, elegante y felino. Había un brillo peculiar en su mirada. No supe si era astucia o preocupación.

—Hola, Barry —me dijo—. No creí verte vivo nunca más.

—Ya —sacudí la cabeza, y sentí mil agujonazos lacerantes en todo mi ser. La cara de Blanche volvió a bailotear, terminando por fijarse en mi retina—. Te equivocaste, querida. Volvemos a vernos. Soy duro de pelar.

—Lo creo —asintió ella, frunciendo el ceño. Asomó un hondo pliegue entre sus arqueadas cejas rojas—. ¿Por qué hiciste esto, Barry? Era más cómodo... dejar que todo siguiera su curso.

—Oh, sí. Y morir en Sing-Sing anoche, ¿no es cierto? Era cómodo... al menos para ti.

Trataba de ver algo más a mi alrededor. Pero Blanche estaba sola, erguida frente a mí. Escudriñé la alfombra. Tenía manchas oscuras, húmedas. Acababan de lavarla, dejando un cerco amplio. Me encontraba en el camarote mismo que pretendí espiar.

Ella siguió la dirección de mi mirada. Su pregunta fue seca:

—¿Qué buscas, Barry?

—Sangre —dije fríamente—. Sangre humana. ¿A quién le tocó, esta vez?

Blanche abrió la boca. No dijo nada. Pareció balbucear algo, sin sonido. Luego, me contempló con cierta expresión de angustia. Sacudió su bonita cabeza color cobre.

—¿Qué... qué has averiguado, Barry? —me preguntó ahogadamente.

—Tal vez todo —mentí con serenidad.

—¿Todo? —se estremeció de modo claro, ostensible.

—Todo, sí. He visto al hombre que te acompañaba. Cuando asomaste afuera, Blanche. No puedes negarme nada. También sé lo... lo de L. M., ¿entiendes?

—Cielos... —ella bajó, acongojada, sus ojos al suelo—. Yo no lo supe... hasta muy tarde, Barry. No me juzgues mal. Hice... lo que debía hacer.

—¿Y ese hombre? ¿El que cayó aquí antes?

—¿Levy Mayor? —ella se mordió el labio inferior, como si hubiese hablado de más—. Está... está muerto, Barry...

—Muerto... —repetí—. Debí imaginarlo. Un crimen más. L. M... Levy Mayer, fuera de combate... ¿Le mataste tú, Blanche... o él?

—Él... —gimió ella. Miró a una puerta lateral del camarote. Estrujó sus manos, penosamente. Tenía el rostro de una palidez cadavérica—. Oh, Barry, no me mires así... ¿Qué otra cosa podía hacer? Era preciso, tú lo sabes... Él venía de muy lejos. Era un perseguidor implacable. Como todos ellos. Siempre encuentran a su víctima. La buscan durante años y años. Sin descanso. Al final, dan con ella. Un día fue Eichman, otro será Martin Bormann, si vive... y ahora era él... Heinrich...

—Heinrich... —me sentí lleno de confusiones, pero fingí saberlo todo de arriba abajo. Las palabras de ella empezaron a formar en mi mente un fantástico rompecabezas, en el que solo parecía faltar una pieza. Mientras mentalmente procuraba encajar todas las demás, traté de contemporizar—: Levy Mayer... Él puede haber muerto, Blanche. Pero habrá otros como él. Todos buscando lo mismo.

—Cazadores de nazis... —tembló Blanche—. Sí, Barry, tal vez haya más. Pero este se había dedicado toda su vida a buscar a uno

solo: Heinrich Kramer...

—Heinrich Kramer... «El Verdugo de Auschwitz...» —recité, asintiendo—. Sí, Blanche. Y le encontró al fin. En Estados Unidos. Bajo nombre supuesto...

—Exacto, Lang —dijo la voz de él, abriéndose la puerta lateral. Fijó en mí sus ojos penetrantes, por encima del punto de mira de su pistola «Luger», provista de silenciador—. Me encontró bajo mi identidad actual. Y ni siquiera mi truco sirvió para despistarle. Me halló esta noche, a bordo de mi yate...

Cabello intensamente negro, rostro afeitado, ternillas oscuras... Era igual todo ello. Yo lo reconocí enseguida.

Era, naturalmente, Gary Kovacs. El millonario asesinado.

* * *

—Para saberlo todo, parece algo sorprendido, Lang... —rio, entre dientes, el magnate.

Blanche había ido a reunirse con él. La rodeó con su brazo izquierdo, sin dejar de encañonarme.

—Era la única pieza que me faltaba: usted, Kovacs —suspiré, saliendo de mi sorpresa—. Hasta hace poco, no sabía quién era L. M., ni Heinrich Kramer, ni había pensado en nazis y judíos...

—De modo que sacó con mentiras la verdad —miró furiosamente de soslayo a Blanche—. No debiste ser tan ingenua, querida. Él no sabía nada. Estuvo jugando con un gran «farol» en sus manos.

—Pero gané la baza —sonreí.

—¿De qué va a servirle? —me seguía encañonando, resuelto—. Está ahí, esposado a la pata de una mesa del camarote, sin poderse mover. Y aquí, a bordo, mando yo. Se hace mi sola voluntad. Esos hombres armados de afuera son gente escogida. Servidores fieles.

—¿De Heinrich Kramer... o de Gary Kovacs?

—De ambos, Lang. Somos una misma persona, aunque nuestro físico difiera. La cirugía plástica hizo el milagro. Durante décadas enteras burlé a los agentes de Israel, a los obstinados cazadores de nazis.

—La política no me importa —me encogí de hombros—. Pero «El Verdugo de Auschwitz» hizo lo suficiente para ser odiado hasta

el fin de sus días. Mucha gente no puede haberle perdonado, estoy seguro.

—No necesito su perdón —rio Kovacs—. Me encontraron, y ahora Levy Mayer, el especialista judío, está muerto. Fui más inteligente que él. Pretendió sacar la verdad a Blanche, fingiendo creerse muerto. Pero sabía o presentía que yo estaba vivo.

—¿Cómo pudo saberlo él, Kovacs? Su plan era perfecto. Imagino que la escopeta aquella estaba realmente cargada con cartuchos de fogeo. Yo disparé, usted hizo su papel, cayó al mar... y entonces vino el trueque.

—Sí, como detective, disfruta relatando sus brillantes deducciones —se mofó de mí Kovacs—, adelante, amigo Lang. Refiera cuanto descubrió sobre el caso. ¿Cómo cree que pude fingirme muerto tan hábilmente?

—Ahora, todo está claro. Blanche estaba de acuerdo con usted, en el juego. Fingió su apasionamiento conmigo. Luego todo ocurrió como se planeaba. Solo que usted, apenas se embadurnó el rostro de sangre animal, y cayó al mar, debió sumergirse, nadar hasta el otro lado del barco, mientras uno de sus hombres dejaba caer mansamente el cadáver de un hombre parecido físicamente a usted, al menos lo suficiente como para, una vez triturado su rostro por una perdigonada auténtica, cosa que debió suceder antes, en algún compartimento a prueba de ruidos de la parte baja de su yate, parecer su cadáver. Medido el tiempo cuidadosamente, vestido el muerto igual que usted, ¿qué podía pensar Shelby Ransom, sino que era el mismo cuerpo que viera caer? Cuando lo subieron a bordo estaba muerto. Y todos creían que era usted. Nadie, pues, buscaría nada en el mar. Mientras tanto, Blanche o uno de sus hombres cambió el cartucho restante de la escopeta, manipulándola con guantes, para dejar claras mis huellas, y puso el cartucho disparado contra la víctima, y no el que yo utilicé contra usted. De ese modo, todo estaba perfectamente definido. Usted, con un equipo de inmersión, que dejaría flotando en estribor, esperó el momento adecuado de subir a bordo de nuevo, y ocultarse en cualquier compartimento secreto, construido a propósito en su mansión flotante.

—Diablo, Lang, ¿sabe que me asombra su deducción? Así fue, poco más o menos, como se hizo todo. ¿Qué más puede decirme al

respecto?

—Que usted sacrificó a aquel pobre diablo, tan parecido a usted, solo para salvar su vida de los agentes israelitas que le perseguían por todo el mundo desde el fin de la Guerra Mundial. Usted no era eslavo, sino alemán. Un jefe de las SS, el importante Heinrich Kramer. Dándole por muerto, todo se resolvía. Por si los judíos vigilaban sus cuentas corrientes, el supuesto fraude, preparado por usted mismo, le permitiría tener diez o doce millones de dólares en diversos bancos, a nombre supuesto. Y lo mismo que fingió las manipulaciones contables en su empresa, fingió los dos atentados, no dudando tampoco en sacrificar a su noble perro, para dar así mayor fuerza a su proyectado juego, en el que alguien haría el papel de imbécil. Y ese papel me correspondió a mí, por méritos propios.

—Hubo un momento en que creí que no le convencía —sonrió Kovacs—. Pero yo sabía de su difícil situación y estaba seguro de que aceptaría llevar adelante el plan.

—Ayudado por mi examiga Blanche que no dudó en sacrificarme, permitiendo mi ejecución por un crimen del que me sabía inocente —dije, dolido, mirando hacia ella.

—¿Qué otra cosa podía hacer, Barry? —gimió ella, muy pálida—. Él es mi marido... Debía protegerle...

—¿Incluso a costa de mi propia vida, Blanche? Eso no es lo que aprendimos en el Alma Mater, recuerda.

—Oh, Barry, por Dios, ya basta... —rogó ella, con ojos húmedos—. Tengo que estar junto a Gary en todo momento. Tú, de todos modos, estás aquí ahora. Escapaste.

—Sí, escape —asentí gravemente—. Fue una extraña y milagrosa fuga. Aún no entiendo bien cómo pudo resultar tan sencillo escapar de Sing-Sing, pero eso no tengo que agradeceréelo a ti ni a Kovacs. Es más: ahora que lo he descubierto todo, ahora que sé quién es tu marido realmente... temo que mi destino sea el mismo que iba a tener.

—No —negó Blanche, enérgica—. Gary no va a matarte. Me lo ha prometido. Te llevaremos con nosotros a bordo del yate. Lejos de aquí. Cuando Gary adopte otra personalidad, en algún país sudamericano, podrás ser puesto en libertad. Se te tratará con dignidad, con respeto. No tienes nada que temer, ¿verdad, Gary,

querido?

Se había vuelto a él, casi implorando aquello de lo que parecía estar tan segura. El rostro de Kovacs era extrañamente frío e insensible ahora. Su «Luger» seguía encañonando a Barry.

—Voy a hacer algo mejor que eso, Blanche querida —sonrió—. Tú y yo llevaremos a Barry a tierra. No tiene pruebas para denunciarme. Le dejaremos allí a salvo. Y si alguna vez llegan a creerle, ya será tarde y estaremos muy lejos nosotros dos.

—Oh, Gary, cariño, eso es magnífico —murmuró ella, entusiasmada. Se volvió a mí, brillantes sus ojos de complacencia—. Barry, no puedes quejarte. Gary es ahora un hombre honrado. De muy joven, la guerra pudo hacerle cruel, pero ha cambiado mucho en estos años. Si tuvo que sacrificar a un pobre hombre carente de familia y de medios de fortuna, para hacerle pasar por él mismo, es porque no tuvo otro remedio.

—Ya —mordí las palabras, pensativo—. Y si mató a Levy Mayer, es porque se trataba de un enemigo, y era como una acción bélica, ¿no, Blanche?

—Exacto, sí —asintió ella, radiante.

—Blanche, ¿iba armado ese hombre, Levy Mayer, cuando Gary le mató? —interrogué, seco.

—No... —rápidamente reaccionó, irguiéndose—. ¡Pero subió armado a bordo, y hubo que desarmarlo violentamente! Era un comando, dispuesto a todo.

—Y el exoficial de las SS, valientemente, remató al preso —dije, cáustico—. Muy limpio todo, Blanche.

—Será mejor que se calle ya, Lang, o me hará cambiar de idea —silabeó Gary Kovacs, mirándome glacialmente a través de sus oscuras lentillas.

Yo sostuve su mirada. Había algo siniestro y despiadado en aquel hombre. Algo que me hacía desconfiar totalmente de sus promesas generosas.

—No sé... —masculle—. No puedo creer que vaya usted a libertarme, Kovacs.

—Pues lo va a ver muy pronto, Lang —dijo, hermético—. ¿Cree que, de otro modo, Blanche vendría con nosotros en esa travesía a tierra firme?

Hubiera querido sentirme tan seguro como ella, cuando asintió, risueña, mirándome. Pero no me fue posible. Algo se ocultaba en aquella oferta de Kovacs. Y no podía ser nada bueno.

Aunque debo confesar que, cuando subimos a bordo de una canoa motora propiedad de Kovacs, y empezamos a alejarnos, con ronroneo de motores, camino de la costa, seguidos por la mirada inescrutable de los servidores armados de Kovacs, que solo se mostraban respetuosos hasta la fidelidad total con él y con Blanche empecé a pensar que, realmente, el exjefe de las SS Heinrich Kramer, iba a cumplir de verdad con su palabra dada, portándose por una vez en su vida, limpia y honestamente.

Nunca debí pensarlo así

Poco más tarde, mis más fuertes temores se confirmaban, y Gary Kovacs se quitaba definitivamente su máscara final.

CAPÍTULO VI

El motor ronroneaba mansamente. La marcha hacia la costa, aún lejana, festoneada de débiles luces en la noche lluviosa, no era demasiado rápida.

Blanche iba junto a él. Yo ocupaba la parte de atrás, esposado fuertemente al barrote metálico del asiento posterior, sin poderme mover. Kovacs empuñaba su «Luger» con silenciador, y Blanche conducía la embarcación.

—Yo conduciré ahora —dijo de repente, Kovacs—. Ve a quitarle las esposas a Lang. Ya no hace falta llevarle así.

—Sí, querido —asintió ella, complacida.

Vino hacia mí, buscando una llave en su bolsillo. Me sentía profundamente incrédulo ante tanta generosidad por parte de quien había asesinado a dos hombres siendo Gary Kovacs y quizá a millares de ellos, como Heinrich Kramer.

De repente, intuí lo que iba a suceder. Se erizaron mis cabellos.

—¡No, Blanche! —aullé—. ¡No vengas aquí!

Kovacs se estaba volviendo, con una fría, extraña mueca en su rostro. Había puesto el timón en sentido recto, inmovilizando el rumbo de la canoa. Su arma seguía en las manos. Sus ojos no expresaban nada con aquellas lentillas, pero su boca crispada...

—Barry, ¿qué dices? —protestó ella—. Voy a soltar tus esposas.

La «Luger» estaba encañonándome a mí. Encañonándonos a nosotros.

—¿Es que no lo entiendes? —gemí—. Blanche, ¡oh, Blanche! Kovacs va a asesinarlos a los dos. ¡A LOS DOS!

Ella sacudió la cabeza, perpleja, con gesto de reproche. Luego, repentinamente, giró su rostro, como buscando apoyo en Kovacs contra mis recelos.

Y descubrió el terrible frío de él.

Y supo la verdad.

—Gary... —jadeó—. Gary, tú no... no... No puedes hacer... algo así... conmigo.

—Blanche... La dulce, hermosa y fiel esposa Blanche... —recitó lúgubremente Kovacs—. ¡Y mientras me finges lealtad absoluta, eres tú, TÚ, quien envía un anónimo al FBI, diciéndole que Barry Lang es inocente de ese crimen, y que Gary Kovacs realmente, le contrató para la farsa que salió mal!

—Gary... —una palidez de muerte se extendió por el rostro de ella. Dilató sus ojos—. ¿Qué es lo que estás diciendo? Eso no es cierto. Yo no he hecho nada.

—Escucha esto, Blanche... —silabeó Gary Kovacs—. Todavía se conocer la letra de mi esposa. El cadáver de ese hombre, de Levy Meyer, el agente israelí... tenía algunas cosas curiosas sobre sí. Una de ellas era la fotocopia de ese mensaje. No tenía firma. Ni hacía falta. Era tuyo. ¡Un mensaje a los federales, rogando por la vida de Lang, y diciendo que un extranjero intervino para asesinar a tu esposo, por motivos políticos! ¿Es que no te das cuenta, Blanche, de que esa era la peor traición? ¡Con ello revelabas algo al FBI! Algo que solamente tú podías saber. Y el FBI trabajaba en colaboración con Levy Meyer y sus compañeros de pesquisa, en busca de criminales de guerra nazis. Les diste la pista precisa. Por eso vino a bordo. Ese Meyer sospechaba que yo seguía vivo... y sus compinches quizá sigan sospechándolo también. Todo, gracias a ti.

—Yo... yo no podía saber... —sollozó Blanche—. Solo pretendí salvar la vida de Barry Lang.

—De modo que no eras indiferente aún a tu viejo enamorado, ¿eh, querida? —dijo, sarcástico el exjefe de las SS.

—No, Gary, te juro que no es eso... —insistió Blanche—. No es eso... Solo quise... salvarle... Era el peor de todos los crímenes dejarle morir impunemente.

—No me sorprendería que los israelitas fuesen quienes liberaron a tu querido amigo Barry provocando el incendio y la avería general de la energía eléctrica en Sing-Sing. Son capaces de eso y de mucho más. Una típica acción de comandos, sin que Barry Lang supiera que ellos le ponían en libertad para que les ayudase a buscar a su hombre, sin saber que llevaba tras sí a los agentes de Israel. Blanche, tu torpeza y tu traición no merecen otro pago. Me engañaste estando a punto de hundirlo todo. Y debes morir con él. Para eso hicimos esta travesía en canoa.

—Lo debí imaginar —mascullé con ira—. Kovacs, es usted el peor de los asesinos que he conocido. Lo fue durante la guerra, y sigue siéndolo ahora, porque lo lleva en la sangre. Termine conmigo, si le place, pero deje que su esposa viva.

—Está decidido —replicó él, adelantando su mano—. Lo siento. Hubiera podido hacerlo a bordo, pero Blanche se ha sabido ganar el afecto de mis hombres. Sería una situación incómoda para mí, confiar en su lealtad, tras matar a mi esposa ante ellos. Así, todo será diferente. Ellos creerán que usted mató a Blanche y yo le maté a usted.

—Todo medido, todo planeado, ¿eh, Kovacs?

—Siempre me gustó hacerlo así —rio cruelmente el exnazi—. Incluso en mis famosas bromas, ¿recuerda? Esta de ahora va a ser la mayor de todas. ¡Una burla a mis enemigos israelíes, al FBI, y a cuantos buscan a Heinrich Kramer!

Luego, vi que movía el dedo en el gatillo para disparar el arma sobre nosotros dos.

* * *

Yo estaba encogido, con mi brazo junto al barrote cromado del asiento. Medio inclinada sobre mí, Blanche Kovacs.

La «Luger Parabellum», con silenciador, nos cubría a ambos. Sus dos disparos serían mortales de necesidad. Y más, efectuados por un exoficial de las SS. Ellos sabían disparar. Sabían matar.

Kovacs no pudo advertir que, durante la charla, la llavecita había caído mansamente, de la mano crispada de Blanche, hasta mi zurda. Nadie lo hubiera advertido, tal fue la premura con que ella lo hizo y la agudeza física y mental con que yo capté el mudo, desesperado mensaje de sus ojos aterrados.

Mientras parecía aferrar con ambas manos el metal, escuchando a Kovacs, la llavecilla entraba en la ranura de las esposas, giraba y el acero se desprendía suave, muy suavemente. Sin llegar a soltarse del todo.

Ahora, apenas vi el dedo del nazi temblar en su gatillo, actué.

Sabía que estaba todo perdido, de modo que no arriesgaba ya nada. Nuestras vidas no valían ni diez centavos.

Tiré de mi mano derecha, saltaron las esposas de acero a mi zurda, y de allí volaron hacia la mano armada de Kovacs, mientras un empujón de mis piernas encogidas, al distenderse brutalmente, arrojaban al fondo de la canoa a Blanche.

El «ploc» ahogado del silenciador retumbó sordamente entre la llovizna. Sentí el mazazo de la bala, pero no sobre mi cráneo, como era previsible recibirla, sino justo en el hombro izquierdo, hacia donde se desvió el brazo armado.

Las esposas, al golpear el arma, desviaron su trayectoria. Después, fui yo quien saltó, como antes las esposas, en dirección a Kovacs, brincando por encima de la sollozante, aterrorizada Blanche.

Caí sobre él. Se disparó de nuevo la «Luger», y sentí el silbido candente del proyectil, rozando mi oreja y haciéndola sangrar, a lo largo de la patilla. Ambos nos enzarzamos en una lucha rabiosa, pese a que mi hombro me dolía terriblemente y él, advirtiendo la sangre que corría por mi brazo, me golpeó justamente allí, incluso con su cabeza, para provocarme mayor dolor y agotarme.

Aunque se me nubló la vista, seguí luchando desesperadamente. No había contado con que la fuerza física de aquel hombre era realmente titánica, y la situación, por tanto, era terriblemente peligrosa, incluso ahora.

Si cedía, si era vencido, estábamos perdidos definitivamente. Ya

no había recurso alguno por desesperado que fuese.

Y fui vencido.

Logró asestarme un seco impacto con el cañón del arma en el punto herido. Contuve un grito rabioso de dolor, pero en cambio me fallaron las fuerzas. Le solté. Él aprovechó el momento. Me disparó un mazazo al hígado, y un rodillazo al estómago. Me dobló, sin aliento. Tosí, jadeante, viendo que el arma descendía para apuntar a bocajarro mi cabeza.

* * *

El disparo retumbó en mi cráneo, como si la bala, en vez de silenciosa, fuese un proyectil de cañón. Caí atrás y asombrado, descubrí que no llevaba ya arma alguna en su mano.

El brazo aparecía colgando, sus dedos quebrados, goteando sangre en abundancia. Y un crispado gesto de dolor se adivinaba en la penumbra. Además, sus ojos revelaron asombro, incredulidad, cuando miró en torno, a las tinieblas.

—¡Es mejor que no se mueva o le acribillaremos instantáneamente! —tronó una poderosa voz, por algún megáfono eléctrico—. ¡Está rodeada totalmente la embarcación! ¡Y aunque usted no vea apenas nada, les tenemos enfocados con proyectores de luz infrarroja, y nuestros ojos ven a través de gafas especiales de ese tipo!

Kovacs, estupefacto, al menos tanto como yo mismo y como Blanche, vio surgir por doquier hombres-rana provistos de armas automáticas, que llevaban envolturas plásticas con las que las protegían del agua. Al fondo, ronroneó un motor, y aparecieron dos canoas de estructura gris oscura. De ellas surgieron ya reflectores de luz normal, barriendo la cubierta de nuestra lancha, y silueteando nítidamente a Kovacs.

Los hombres-rana alzaron sus gafas infrarrojas, ya innecesarias. Poco más tarde, un grupo de hombres armados saltaban desde las otras canoas, abordando la nuestra. Me vi ante un hombre que, contemplando mi herida, sacudió la cabeza.

—Llevamos médico a bordo —dijo, sonriente—. Le curará eso, Lang.

—¿Me conoce? —gemí—. Ese hombre es Gary Kovacs, pero

realmente se trata de...

—Sabemos de quién se trata: Heinrich Kramer. Levy Mayer me informó de eso. ¿Dónde se halla él ahora?

—Muerto. Le asesinó, a bordo de su yate.

—Levy no debió ir allá —se quejó el hombre, ceñudo—. Soy el agente especial Duncan Gaylord, del FBI. Él y yo preparamos su fuga de Sin-Sing, Lang. El incendio y la avería fueron falsos. Los celadores cooperaron en lo posible, aunque no todos lo sabían. Fue una tarea de comandos.

—¿Para dejarme en libertad y devolverme ahora allí? —me quejé.

—No, Lang. No volverá allí. Va a ser rehabilitado. Levy Mayer nos hizo ver claro. Y el anónimo recibido...

—Fue de la señora Kovacs —señalé a Blanche—. Ella quiso ayudarme.

—Y lo logró. Eso, unido a los informes de Peggy Larson, nos hicieron creer la rara, fantástica historia. Mayer dijo que eso era posible en Kramer, y resolvimos correr el riesgo de poner en libertad a un posible asesino. Ahora me alegro. Se ha hecho justicia, realmente, evitando una ejecución injusta, realmente monstruosa, Lang.

—Cielos, no puedo creer... que vaya a ser libre, a continuar viviendo —murmuré.

—Pues así es, Lang, muchacho —sonrió Gaylord—. Se lo debe todo a la fe de dos mujeres, y... a nuestra propia fe en usted y en ellas.

—Solo faltará que pueda recuperar mi licencia de detective privado —comenté, mientras era conducido a la canoa de guardacostas donde me esperaba el médico.

—La recuperará, amigo, la recuperará —me prometió Gaylord.

EPÍLOGO

Y la recuperé.

Además, tuve el placer de ver expulsado de la policía al teniente Mark Rowland, y retirada la candidatura del comisionado Hoggart para las siguientes elecciones.

Mi nueva oficina la monté en sociedad.

Peggy Larson, que fue quien avisó esa noche a Gaylord, suponiendo que yo me dirigía al yate de Kovacs, era mi nuevo socio. Íbamos a partes iguales. Mi recompensa federal por la captura de un antiguo criminal de guerra, así como mi relato para una cadena de publicaciones gráficas, formaban ya un pequeño capital inicial. No necesitaba nada de Peggy ni de su dinero.

Pero ella se merecía el cargo de socio en mi negocio.

Claro que eso duró poco.

Justamente un mes. Después, pasó a ser la señora Lang. Y de mí creo que no va a divorciarse jamás.

Al menos, es lo que ella dice.

Y lo dice de un modo...

FIN

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

Editorial Bruguera S. A., se complace en ofrecer a sus lectores de España la oportunidad de participar en un gran sorteo que puede convertirle a Ud. en propietario de un **MAGNIFICO PISO Y UN MODERNO COCHE** o si lo prefiere de **UN MILLON DE PESETAS**.

Lea atentamente las siguientes instrucciones y bases, envíenos debidamente cumplimentado el cupón que hallará en la última página y... ¡BUENA SUERTE!

INSTRUCCIONES Y BASES DEL SORTEO

Corresponderá el premio al participante cuyo cupón coincida con el número que obtenga el primer premio de la Lotería Nacional del día 25 de agosto para todos los cupones recibidos hasta el 12 de agosto y con el que coincida con el del día 15 de noviembre para todos los recibidos desde el 13 de agosto al 5 de noviembre.

Fechas de precinto de los cupones recibidos: 24 agosto y 14 noviembre.

Fecha de desprecintaje, de desempate si lo hubiere y entrega de los premios: 27 agosto y 16 noviembre.

Sólo podrán participar en este sorteo las personas residentes en cualquiera de las provincias españolas, quienes podrán mandar tantos números como cupones reúnan.

Los empleados de Editorial Bruguera S. A. no pueden participar en este sorteo.

En el espacio de tiempo comprendido entre la fecha de cierre de recepción y la de precinto se clasificarán todos los cupones por orden de números.

Los actos de precintar y desprecintar las cajas, el sorteo de desempate si lo hubiere y la distribución de premios serán públicos y efectuados ante notario en los locales de la Editorial, calle Camps y Fabrés, núm. 5 —BARCELONA—, pudiendo asistir a ellos todos los participantes que lo deseen sin necesidad de invitación.

Si ningún cupón coincidiese con el primer premio de la Lotería Nacional, en las fechas indicadas, los premios se adjudicarán al número más próximo, sea anterior o posterior. En ningún caso, pues, dejará de haber ganador.

De existir más de un acertante se efectuará sorteo de desempate entre ellos ante el mismo notario.

Si el premio correspondiese a una persona menor de edad, el importe del mismo será entregado a sus padres o tutores legales.

Todo cupón roto o enmendado, sin firmar o sin que consten todos los datos solicitados quedará fuera de concurso.

Para reclamar los premios será necesario presentar el resguardo retenido, **SUJETO A LA NOVELA EN QUE HAYA SIDO PUBLICADO**. Dicho resguardo deberá coincidir con el cupón enviado.

Los ganadores que elijan la opción del piso y el coche deberán tener presente que Editorial Bruguera, S. A. sólo se compromete a efectuar por este concepto un desembolso que comprendidos todos los gastos no supere el millón de pesetas.

La participación en el sorteo implica la aceptación de las presentes bases.

ESCRIBA AQUÍ EL NÚMERO ELEGIDO

CONSERVE ESTE RESGUARDO
JUNTO CON LA NOVELA

PARA TOMAR PARTE EN EL SORTEO

DE PISO Y COCHE O UN MILLON

Escriba aquí su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE _____

1.º APELLIDO _____

2.º APELLIDO _____

Si acierta deberá presentar este resguardo acreditativo.

ENVIE AL NOTARIO Sr. D. TOMAS CAMINAL
CASANOVAS apartado de correos 9475 BARCELONA
el cupón para participar en el sorteo.

PUEDE ENVIAR EN UN SOLO SOBRE TODOS LOS CU-
PONOS QUE REUNA. ENVÍELOS ANTES DE LAS FECHAS
DE CIERRE

(Ver Instrucciones y Bases)

CORTE POR AQUÍ



Su nombre y apellidos (en mayúsculas)

NOMBRE _____

1.º APELLIDO _____

2.º APELLIDO _____

Añote su dirección:

CALLE _____

N.º _____

POBLACION _____

PROVINCIA _____

NOVELA COMPRADA EN:

LIBRERIA O KIOSCO _____

CALLE _____

N.º _____

POBLACION _____

PROVINCIA _____

Si se trata de un kiosco añote la calle o plaza y el
número frente al cual está situado.

Firma del participante en el sorteo.

CUPON PARA ENVIAR

Número que Usted elige

Si es menor de 5 cifras ponga
ceros en las primeras casillas

CUPON VALIDO SOLO PARA ESPAÑA

SORTEO DEL MILLON

PISO Y COCHE O UN MILLON

SOLO PARA ESPAÑA

¡UN MAGNIFICO PI-
SO Y UN MODERNO
COCHE PUEDEN SER SUYOS!
O SI LO PREFIERE

¡¡ UN MILLON DE PESETAS!!

Basta con que resida en España y nos envíe el cupón que, junto con las instrucciones y bases para tomar parte en este sensacional sorteo, hallará en las últimas páginas de todas las novelas que Editorial Bruguera, S. A. publica en sus populares colecciones femeninas y de aventuras.

**BUSQUE EN LA CUBIERTA
ESTE DISTINTIVO:**

Adquiera su novela, disfrute de unas horas de grata lectura, envíe el cupón ... y



¡¡BUENA SUERTE, AMIGO!!

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.